SS SERVICIO SECRETO

BB

EL CUADRO ROBADO

frank lewis

EL CUADRO ROBADO

FRANK LEWIS

EL CUADRO ROBADO

Col. SERVICIO SECRETO n.º 707
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 27.910 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - FEBRERO 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5528/63

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
701 — Crimen en la ciudad.

En Colección PUNTO ROJO:
89 — Visión de horror.

EL CUADRO ROBADO



por FRANK LEWIS

CAPÍTULO PRIMERO

Un alarido de muerte resonó en el silencio de la noche.

La alarma quedó sembrada en la quinta de Robert Wade. Varias personas salieron de sus habitaciones apresuradamente, habiendo cuidado tan solo de cubrirse, sin preocuparse de su aspecto. Incluso las mujeres aparecieron tal como se encontraban al ser sorprendidas por el terrible grito. Algunas de ellas con los rostros cubiertos de maquillaje.

El temor y la curiosidad habíase impuesto a la coquetería.

Los criados anduvieron con rapidez, dispuestos a descubrir a la persona que acababa de lanzar tan terrible grito.

Uno de ellos se detuvo. Había visto un cuerpo tendido en una regia estancia. El criado avanzó con lentitud, dominando el temor de que se hallaba poseído. Su rostro palideció intensamente al reconocer al caído, a cuyo alrededor se formaba un charco de sangre.

—¡Dios mío, es horrible! —exclamó desfallecido de terror.

Se repuso y llegó hasta su compañero, pues lo acababa de reconocer. Inmediatamente tuvo la seguridad de que estaba muerto.

—Pobre Paul.

No se atrevió a tocarlo. Retrocedió dos pasos y ya no le fue posible contenerse, y se puso a gritar.

Se encontraba en una vasta estancia, en la pared aparecían dos grandes

ventanales, cuidadosamente cerrados y cubiertos con cortinajes. Daba la impresión de que era la dependencia de un museo. Numerosos cuadros atraían inmediatamente las miradas de cuantas personas entrasen por vez primera en la habitación.

Varias personas irrumpieron. Una mujer, al ver el cuerpo caído, dejó escapar un grito y retrocedió. Un hombre alto, delgado, cubierto con una bata roja llegó hasta el criado. Contaría unos cuarenta y cinco años, sus sienes empezaban a volverse grises.

Se inclinó sobre el desventurado y lo examinó sin tocarlo. Luego se enderezó e hizo un ademán para tranquilizar a los demás.

—Calma, no se exciten. Es muy lamentable, han matado a uno de mis criados. Deberé llamar a la policía. Probablemente me habrán robado. Es increíble, esta habitación contaba con un eficaz sistema de alarma.

Miró a su alrededor con ansiedad. Sus ojos se detuvieron en un lugar donde la pared parecía mostrar un vacío, como si poco antes hubiese estado cubierto por un cuadro.

Su semblante se puso lívido, mientras su cuerpo alto y nervudo era sacudido por un estremecimiento.

—¡Mi Van Dyck! ¡Se han llevado mi Van Dyck!

Dos hombres se le acercaron. Uno de ellos preguntó:

—¿Podemos ayudarte, Robert?

—Sí, haz el favor de llamar a la policía. Paul debió ser asesinado al sorprender al ladrón. Tanto me duele su muerte como la desaparición de mi cuadro.

—Esto debe tenerte sin cuidado, Robert —respondió el otro—. Debes tenerlo asegurado, la compañía te indemnizará.

—¡Qué me importa el dinero! —exclamó el millonario—. Yo solo quiero mi Van Dyck.

Robert Wade logró serenarse y con ayuda de dos amigos hizo salir a sus invitados de la estancia. No tocó nada, quedando el cadáver solo.

No tardó en llegar la policía. Un individuo bajo y rechoncho se detuvo ante Robert Wade.

—¿Es usted el señor Wade?

—Sí, señor.

—Soy el capitán Hart.

El millonario le estrechó la mano. Después señaló la estancia.

—Uno de mis criados ha sido asesinado, capitán Hart.

El policía inclinó la cabeza como si se excusase y entró en la gran habitación. Esta se encontraba al final de un largo pasillo, en el piso superior.

Lo examinó todo cuidadosamente, tras haber dado un vistazo al cadáver. Dos hombres le acompañaban.

—Este hombre fue sorprendido de improviso, no le dieron tiempo de

defenderse. Le clavaron esa navaja en la espalda —señalaba el arma, clavada hasta la empuñadura en la espalda de la víctima—. Al parecer el asesino es un experto en su manejo, pues la muerte fue instantánea. Ocúpese de las huellas digitales, sargento Quarles.

—Sí, señor.

—Esta habitación deberá quedar cerrada, nadie podrá entrar en ella bajo ningún pretexto.

—Me cuidaré de todo, capitán —aseguró Quarles.

Se trataba de un individuo de metro ochenta, extraordinariamente corpulento. Esto y su rostro de rudas facciones le prestaba el aspecto de un peso pesado.

A pesar de su apariencia se movió con agilidad y cuidado. Se sacaron fotografías y no descuidó el menor detalle, poniendo de manifiesto su vasta experiencia en casos similares.

El capitán Hart regresó al lado de Wade. Miró con detención a cuantas personas se encontraban en el pasillo, unas siete en total. Dos eran mujeres y una de ellas muy atractiva. Su descotado salto de cama mostraba con gran generosidad el nacimiento de los senos.

—¿Ha encontrado a faltar algún objeto de valor, señor Wade?

—Por desgracia, sí.

—Un cuadro, ¿verdad?

—Un Van Dyck, capitán Hart.

—Eso demuestra que el ladrón entiende en pintura.

—Sin ninguna duda; se ha llevado el mejor cuadro de mi colección.

—Además, muy hábil. Logró inutilizar el sistema de alarma. Probablemente fue sorprendido por su criado, y no vaciló en matarle. De no haber sido por esta circunstancia, el robo no se habría descubierto hasta mañana.

—O quizá más tarde —respondió el millonario—, pues a veces transcurren varios días sin que entre nadie en mi pequeño museo. Tan solo yo tengo la llave. La limpieza siempre se hace en mi presencia.

El sargento Quarles trabajaba sin descanso, examinando toda la casa junto con dos agentes. Al fin pudo dar un informe completo a su superior. Los ladrones, pues todo parecía indicar que habían sido más de uno, entraron en la casa por una ventana de la parte baja. Esta aparecía abierta, sin haber sido forzada.

La declaración de la servidumbre indicaba que puertas y ventanas de la parte baja eran cuidadosamente cerradas cada noche.

—¿Cuántos invitados tiene usted ahora, señor Wade?

—Once, capitán.

—Bien, pueden retirarse a descansar. Mañana les interrogaré. Bajo ningún pretexto debe marcharse nadie de aquí.

—De acuerdo. ¿Podrá detener a los ladrones?

—Lo intentaré, señor. Esa es nuestra misión.

* * *

Virgil Armfield levantó la cabeza al abrirse la puerta y sonrió.

—Te estaba esperando, Cliff.

—He llegado esta mañana de Nueva York, tengo derecho a tres días de descanso. Ya he planeado mi estancia a un lugar cercano, donde no quiero ser molestado en absoluto. ¿Se ha enterado, Armfield?

—Sí, ya lo sé, muchacho —suspiró el director de una de las más importantes compañías de seguros de California.

—Usted no me estropeará mi plan, no se lo permitiré. ¡La Compañía puede irse al infierno!

—No me explico por qué estás tan agresivo, Cliff.

Cliff Cranis se quedó indeciso, sorprendido por las palabras de Virgil Armfield. Lo miró con detención, como si tratase de descubrir lo que se ocultaba tras la cara cuidadosamente afeitada, cuyos rasgos correctos y enérgicos le resultaban tan familiares. No se fiaba en absoluto, la experiencia se lo indicaba.

—Le conozco muy bien.

—Es cierto, no puedo engañarte. No me sería posible.

—Puede tener la seguridad de ello. Es usted un viejo zorro, pero sus tretas me son muy conocidas.

—Un día te despediré, Cliff.

—¿Ahora? —inquirió el joven burlón.

—Ahora no, te necesito.

—No, tengo un compromiso ineludible. Me pasaré tres días pescando y nadando, sin preocuparme de nada.

—¿Es rubia ese compromiso?

—Sí —mascculló Cliff con los dientes apretados.

—Las mujeres solo sirven para complicar la vida de un hombre —hizo un gesto despectivo—. Debes casarte.

—Entonces, ya no habrá salvación para mí —replicó el joven, soltando una carcajada.

—Ya has cumplido treinta años, muchacho.

—¡Bah, estoy complacido de cómo vivo! —exclamó Cliff—. A pesar de tenerle que soportar.

—Esa clase de pesca es peligrosa. Un día se puede estropear el tubo respiratorio y te quedarás bajo el agua. No será una muerte muy agradable.

—De alguna manera hay que morir.

Armfield se encogió de hombros, como indicando que no le importaba la contestación del joven. Su mirada examinó con afecto la esbelta y poderosa figura de Cliff Cranis. Vestía con elegancia y sus facciones eran

de las que el sexo débil encuentra atractivas. De esto podía tener la más completa seguridad. Se vio obligado a cerciorarse en varias ocasiones y ahora sería una más.

Entró a trabajar en la Compañía a los dieciocho años, y se granjeó inmediatamente su estimación, porque era inteligente y voluntarioso. Estaba dotado para aquella difícil profesión, y no vacilaba en darle ocasión para demostrarlo. Cliff no le defraudó, y convirtióse en el mejor inspector de la Compañía.

Esto era un motivo de orgullo para él, pues le consideraba como su discípulo. Cuando se presentaba un caso difícil, Cliff era el encargado de resolverlo.

—Debo felicitarte por tu éxito de Nueva York.

—No ha sido una labor agotadora, tan solo el viaje.

—Busca la manera de convencer a esa rubia. Estoy dispuesto a extenderte un certificado como tu intervención es imprescindible para la marcha de la Compañía.

—No necesito sus certificados. Ninguna mujer tiene derecho sobre mí, sé perfectamente cómo desembarazarme de ellas.

—¡Eso es magnífico, Cliff! Me quitas un peso de encima, ya no existe inconveniente alguno.

—Sí, Armfield. Ese inconveniente soy yo, tengo derecho a vivir.

—Te prometo una semana entera. ¿Te imaginas, Cliff? Siete días sin preocuparte de nada, es verdaderamente prodigioso.

El joven no pudo menos de extasiarse al oír a su jefe. Una semana entera para hacer cuanto se le antojase. Ya se imaginó en una pequeña y confortable casita a la orilla del mar, situada en un paraje solitario y agreste.

Reaccionó violentamente. Su rostro estaba enrojecido por la indignación. Apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó sobre su impasible jefe.

—No me envolverá en sus triquiñuelas.

—Pero sería maravilloso, ¿no crees?

—Sí, formidable. Si fuera cierto.

—Te lo prometo, Cliff.

—No accederé.

—Se trata de algo muy importante, muchacho. Es un caso sensacional. Además, la Compañía puede salir perjudicada y tendrá que pagar una fuerte indemnización.

—La Compañía no se hundirá por ello. Estoy enterado de los beneficios obtenidos el año pasado.

—Nosotros no somos interesados. Luchamos porque estamos enamorados de nuestra profesión. Además, gozamos de elevados salarios. Todo se compenetra a la perfección.

—Encargue ese caso a otro.

—Solo puedo confiar en ti. La culpa es mía, por haber hecho de ti nuestro mejor inspector. Y de esa forma me lo agradeces, negándome tu ayuda en un caso muy importante.

—No siga por ese camino, jefe. Conozco sobradamente ese rollo.

Armfield dejó escapar un suspiro.

—Siéntate, hablaremos con más calma.

—Es inútil, me marcho enseguida.

—Por lo menos me oirás.

Cliff hizo un gesto de despreocupación, mientras se dejaba caer en una butaca. Cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

—Le escucho. Tengo la seguridad de que perderá el tiempo.

Una imperceptible sonrisa apareció en la boca de Armfield. Cliff la sorprendió y se estremeció. Por vez primera se intranquilizaba, perdiendo la seguridad en su firmeza de negarse. Cuando Armfield sonreía de aquella forma, era que tenía completa confianza en convencerle. Le conocía demasiado bien.

Se censuró por no haberse marchado. Ahora ya se encontraba envuelto en las redes de Virgil Armfield. Toda su decisión y firmeza no bastaría para librarse de ellas.

—Ya estás enterado de los robos cometidos últimamente en Los Ángeles. Desaparecen cuadros valiosos y objetos de arte. Esto se debe a una cuadrilla de hábiles forajidos. Ahora ya no se trata de robos, sino que han cometido un asesinato.

—¿Un asesinato? —no pudo menos de preguntar Cliff.

—¿No has leído los periódicos de hoy?

—Tan solo he ojeado las noticias deportivas. No quiero preocuparme por nada.

—Dichoso de ti que puedes hacerlo. Pues sí, esos ladrones han matado alevosamente a un criado de Robert Wade. No han vacilado en hacerlo para llevarse un cuadro de Van Dyck.

El rostro del joven denotó su indignación. Aquellos hábiles robos incluso le admiraban, pues estaban dirigidos contra opulentos millonarios o poderosas compañías de seguros. Pero al convertirse en un delito sangriento, su admiración se transformaba en odio.

Armfield pareció leer su pensamiento, pues afirmó:

—Los lectores de estas noticias no acostumbran a censurar a los ladrones, conquistados por su audacia y habilidad. Ahora ya no será así, porque han demostrado carecer de escrúpulos, asesinando a un pobre hombre.

—Así es —asintió Cliff en contra de su voluntad.

—Ese cuadro de Van Dyck estaba asegurado por la Compañía.

—La policía se cuidará de rescatarlo.

—Es muy probable, pero hasta ahora no ha conseguido recuperar los objetos robados por esa cuadrilla. Al parecer está dirigida por un cerebro privilegiado.

—¿Y yo debo intentarlo?

—Naturalmente, puedes conseguirlo.

—No, Armfield. Tengo derecho a esos tres días de descanso.

El director de la Compañía colocó las manos sobre la mesa, los dedos completamente separados. Sus ojos estaban fijos en ellos. Cliff también los miró.

—Bien, me doy por vencido. Nunca lo hubiese creído, Cliff. No puedo negarlo, me has defraudado.

La sangre hervía en el interior del joven. A pesar de ello su aspecto era impasible.

—Así es.

—Puedes marcharte. Deseo que te diviertas.

—¡Maldito sea, Virgil Armfield! —exclamó Cliff exasperado.

—¿Por qué me insultas, muchacho?

—¿Por qué le insulto? Debería matarle, de esa forma la policía tendría que buscar a dos asesinos.

—No te entiendo. Me estás ofendiendo, no te permito…

—¿Ofenderle? Eso quisiera yo, poder ofenderle. Jamás lo conseguiré. ¿Cómo puedo divertirme esos tres días, ni siquiera descansar? Ya me lo ha estropeado.

—No, no, puedes irte con esa rubia. Ya no trato de detenerte. Encargaré ese caso a Jack Walker.

—¡A Jack Walker! ¡No me haga reír! Jack no es capaz de distinguir un Van Dyck de un pintor abstracto. No podría hallar la menor pista de esos bandidos.

—Bueno, será un fracaso de la Compañía.

Los dos hombres se miraron. Ambos se echaron a reír.

—De nuevo ha logrado enredarme, Armfield.

—¿Aceptas ocuparte del caso Wade?

—Ya tenía la seguridad.

—¿Y la rubia?

—¡Puede irse con el diablo! —exclamó el joven furioso otra vez—. Y lo lamento, porque es muy bonita.

—Gracias, Cliff. Siempre hemos superado juntos las grandes dificultades, esta vez no me ibas a dejar solo.

—Necesito un descanso.

—Te prometo solemnemente una semana.

—No quiero sus promesas. Referente a esa cuestión nunca las cumple, ya estoy acostumbrado.

—Debes ir cuanto antes a la residencia de Robert Wade e informarte

bien de lo que ha ocurrido. Te encontrarás con otra dificultad; el capitán Hart se cuida de este asunto. La animosidad del sargento Quarles hacia los entrometidos ya te es conocida.

—¡El inefable sargento Quarles! —exclamó Cliff sonriendo—. Somos buenos amigos, no debe dudarlo. Toda su aspereza se halla en su fachada, en su interior se alberga la simpatía y el afecto.

—¿Quieres decir?

—Puede tener la seguridad. Se alegrará mucho de volver a verme, aunque se limitará a decir con el ceño fruncido: «No me gusta su presencia, Cliff. Aborrezco a todos los aficionados a detectives. Solo consiguen entorpecer la acción de la justicia. Como me moleste, se acordará de mí, se lo prometo».

—Y lo cumplirá. Es un coloso, su potencia física es enorme.

—También es inteligente.

—Lo sé, le conozco antes que tú. A mí me trata respetuosamente aunque no por ello deje de lanzarme un gruñido.

—¿Completa libertad de acción? —inquirió Cliff levantándose.

—Como de costumbre, ilimitada.

—Hasta la vista.

Virgil Armfield hizo un afectuoso ademán de despedida. Su rostro expresaba un inmenso alivio. Había conseguido que Cliff se encargase de aquel caso tan importante. No lo dudó en ningún instante, aunque podía surgir la obstinación del joven. Pero él poseía un secreto para vencerla, su amor propio por la profesión.

Cliff Cranis estaba destinado a ocupar un alto cargo en la Compañía, se lo merecía por los brillantes servicios prestados y su capacidad de trabajo.

Haría cuanto estuviese a su alcance para buscarle una esposa. De esta forma quedaría eliminado su peor defecto, su excesiva afición por las mujeres hermosas.

CAPÍTULO II

Cliff detuvo su coche cerca de la magnífica morada de Robert Wade. Había leído dos periódicos, enterándose de cuantos datos informaban acerca del robo del Van Dyck.

También consiguió enterarse de la identidad de Paul Gooding, la víctima de aquellos asesinos. Se trataba de un hombre de treinta y dos años, soltero. Procedía de San Francisco. Esto era todo.

Un agente le miró con recelo al detenerse ante la puerta. Una criada le interrogó:

—¿Qué desea, señor?

—Hablar con el sargento Quarles.

El policía intervino.

—El sargento Quarles no desea hablar con ningún periodista. Ya les avisará, como ha hecho esta mañana.

—No soy periodista, agente —respondió Cliff sonriendo.

Y le alargó su tarjeta. Aún después de leerla no cambió la expresión de desconfianza del policía. Indudablemente, para él lo mismo daba un periodista que un inspector de una compañía de seguros.

—Haga el favor de esperar. Es probable que no le reciba; está muy atareado.

—Me recibirá, agente, puede tener la seguridad de ello. Se limitará a dejar escapar una maldición y le ordenará que me lleve a su presencia.

—Ya veremos.

En efecto, el sargento Quarles echó una mirada a la tarjeta y exclamó irritado:

—¡Maldita sea! Solo faltaba ese entrometido.

—¿Le digo que se marche? —se apresuró a decir el policía, satisfecho por la reacción de su superior.

—No, no. Puede pasar.

El agente abrió la boca sorprendido. Todo se había desarrollado como dijo el visitante. Regresó a la puerta.

—El sargento le espera, señor Cranis.

—Gracias. Ya se lo dije. Ha lanzado una maldición, ¿verdad?

—Sí.

—El sargento Quarles no cambiará nunca.

Un criado le indicó dónde encontraría al sargento. Se disponía a subir

la escalinata, cuando estuvo en un tris de tropezar con una joven. El inspector de seguros parpadeó sorprendido, y se detuvo.

Tendría unos veintidós años, era alta y bien proporcionada. De esto se dio cuenta a la primera ojeada. Su cara era un conjunto de perfecciones, destacándose sus grandes ojos negros. Los cabellos estaban recogidos por una cinta azul, probablemente para mantenerlos sujetos y evitar que le cayeran sobre el rostro.

Acababa de sostener un partido de tenis, esto lo indicaba su indumentaria y su entrecortada respiración. Su corta falda dejaba al descubierto dos piernas largas y esbeltas, muy bellas.

—Perdone, señorita. No la había visto. He estado a punto de atropellarla.

—Quizá la culpa haya sido mía, tampoco le había visto.

Cliff hizo una ligera inclinación y con un gesto invitó a la joven a subir. Se recreó en la contemplación de aquellas piernas maravillosas mientras ascendía los peldaños.

Dejó escapar un suspiro de pesar cuando perdió de vista a la joven. Hubiese dado cualquier cosa para que la escalinata no tuviera fin.

Llegó al pasillo, yendo hacia la estancia dedicada al museo, por Robert Wade. Inmediatamente vio al sargento, y dióse cuenta de que había notado su presencia, pese a que continuó atareado.

No se inmutó y saludó con amabilidad.

—Buenos días, sargento Quarles. Me alegro de volverle a ver.

—No me gusta su presencia, Cliff. Aborrezco a todos los aficionados a detectives. Solo consiguen entorpecer la acción de la justicia. Como me moleste se acordará de mí, se lo prometo.

El joven reprimió una sonrisa. Las palabras del sargento fueron las mismas que las indicadas por él a Virgil Armfield. Su rudo interlocutor no cambiaría nunca.

Respondió con suavidad:

—No debe hablarme así, sargento. He venido a cumplir con mi deber, como usted lo está haciendo.

—Ya le conozco, Cliff. Usted es el peor inspector de seguros que he conocido. Sus tretas me desagradan.

—Siempre nos hemos llevado bien.

—¡Hum!

—¿Se presenta bien este caso?

—No, los asesinos no han dejado el menor rastro.

—Mala papeleta, sargento. Pero lograremos solucionarla.

—Usted no intervendrá en esto.

—Sí, usted no puede impedirlo. La Compañía me paga para intervenir en casos parecidos. Ese Van Dyck estaba asegurado por una fabulosa suma.

No obtuvo contestación. El sargento Quarles se limitó a dejar escapar

un gruñido. El recién llegado tenía razón, él no podía evitar sus investigaciones. Además, debía prestarle ayuda. Esto le exasperaba.

Cliff no se impresionó lo más mínimo ante aquel «cordial» recibimiento. Ya hacía años que conocía al rudo sargento. Dio unos pasos por la estancia, mirando los numerosos cuadros y haciendo frecuentes gestos de asentimiento.

—Aquí dentro hay una gran fortuna, sargento.

—No lo comprendo. No daría un dólar por un cuadro de estos, y en cambio valen miles. La gente que tiene dinero es así.

Y se encogió de hombros despectivo.

—No juzgue con tanta rapidez, sargento Quarles. Son obras de arte, debe comprenderlo.

—¡Bah, simples chaladuras!

A pesar de su aspereza, el joven tenía la seguridad de que el sargento le apreciaba. Aunque este antes preferiría ser destrozado que confesarlo.

Examinó el destrozado sistema de alarma. Se trataba de la obra de un profesional, limpiamente efectuada. Los ladrones eran conocedores del terreno, pues no aparecía el menor desorden. Se dirigieron directamente hacia el Van Dyck, sin el menor titubeo.

Todo indicaba que habían sido sorprendidos por el criado cuando ya tenían el cuadro en su poder, pues los invitados no lograron ver a los malhechores. Una vez mataron a Gooding se apresuraron a huir. Probablemente estaban prevenidos ante semejante posibilidad, y no titubearon en clavar la navaja con la intención de matar.

Cliff se indignó ante tanta brutalidad. La vida de una persona era sagrada, y no vacilaron en eliminarla con tal de no dejar huellas tras sí.

Salió de la estancia, llegando hasta la escalinata, regresó y preguntó al sargento:

—Los ladrones entraron y salieron por la parte baja, ¿verdad?

—Sí.

—Gracias. ¿Se encuentra en la casa el señor Wade?

—Sí.

—Gracias por sus informes.

Se alejó, en la seguridad de que el sargento Quarles, le estaría maldiciendo.

Sonrió regocijado. Ya actuó en cuatro o cinco casos con el sargento, y no le disgustaba hacerlo otra vez. Cuando llegase a una situación decisiva, tenía la certeza de contar con su ayuda. En cuanta al capitán Hart, no vacilaba en clasificarlo como una excelente persona y muy inteligente.

Descendió a la planta baja, deteniéndose en el vestíbulo. Una atractiva y pizpireta doncella le contemplaba sorprendida. Cliff sonrió al acercarse a ella.

—No se sorprenda, es probable que vuelva a verme varias veces por

esta casa.

—¿Es usted un nuevo invitado?

—Tanto como eso no, pero algo similar. ¿Haría el favor de decirme dónde puedo encontrar al señor Wade?

—En la biblioteca, señor.

—¿Dónde se encuentra la biblioteca?

—Le acompañaré.

—Gracias, es usted un encanto.

Y Cliff siguió a la doncella, admirando el suave balanceo de sus caderas. Era una muchacha admirablemente proporcionada, aunque no muy bonita. Hizo un brusco movimiento de cabeza, alejando aquellos pensamientos. Él estaba allí para trabajar, debía descubrir un rastro que le llevase adonde estuviese oculto el Van Dyck.

Desde luego, todos sus esfuerzos estarían encaminados a descubrir al asesino de Paul Gooding, el desventurado criado. Un crimen tan repulsivo no debía quedar impune.

La doncella le indicó con un gesto que esperase y llamó a la puerta, al obtener contestación abrió la puerta y dijo:

—Un señor desea verle, señor Wade.

—Hágale pasar —respondió el millonario tras breve vacilación.

Desde donde se encontraba, el joven veía a las tres personas que se hallaban en la amplia estancia. Inmediatamente reconoció al capitán Hart, después observó la alta y distinguida figura del millonario, vagamente familiar por haber visto su fotografía en los periódicos y revistas. Sobre todo a raíz de su reciente divorcio.

Contempló al tercer hombre. Era alto y su abdomen empezaba a desarrollarse excesivamente, a pesar de esto su aspecto era distinguido. Su rostro aparecía colorado y sus cabellos escaseaban.

—¿Qué desea usted? —preguntó Wade mirando con frialdad a su visitante—. No es la ocasión más propicia para una entrevista.

—Lo supongo, señor Wade. Mi nombre es Cliff Cranis, soy inspector de la Compañía aseguradora del cuadro robado.

—Perdone mi brusquedad, pero empiezo a estar cansado de los periodistas y sus preguntas. Le confundí con uno de ellos.

Cliff hizo un movimiento de cabeza y se volvió hacia el capitán Hart, tendiéndole la mano.

—Me alegro de volver a verle, capitán.

—¿Cómo se encuentra, Cliff? Ya sospechaba que Armfield le encargaría de este asunto.

—¿No le molestará mi presencia?

—De ninguna manera, usted tiene la obligación de investigar. Me acuerdo del caso Thompson; gracias a usted logramos detener al verdadero ladrón.

—La suerte se puso de mi parte.

—Es posible, pero nunca he creído excesivamente en la suerte para las gestiones de esta profesión. ¿Por qué iba a molestarme su presencia?

—Por la actitud adoptada por el sargento Quarles al verme. Me dio la impresión de que quería fulminarme con la mirada.

Hart se echó a reír. Creía estar viendo a su corpulento subordinado.

—No haga caso, Cliff. Son los modales de Quarles, pero usted no debe quejarse, pues le aprecia mucho.

—Lo disimula muy bien.

—¿Deseará conocer a los invitados del señor Wade e interrogarles?

—Desde luego.

—Debe hacerlo, aunque el resultado será completamente negativo. Todos se hallaban en sus habitaciones, ninguno de ellos pudo ver a los ladrones.

—Lo suponía; es un asunto muy difícil. Probablemente serán los mismos bandidos que han robado cuadros y objetos de arte en Los Ángeles hace unos meses. Una estrella de Hollywood también ha sido perjudicada por esta hábil cuadrilla.

—Todo lo hace suponer así —asintió Hart con calma.

—Mal asunto.

El capitán señaló al hombre alto y obeso.

—Le presento al señor Percy Merriman, conocido crítico de arte, invitado del señor Wade.

El joven inclinó la cabeza cortésmente, tras haberle dirigido una escrutadora mirada. El aspecto de Percy Merriman fue de su agrado, aunque le pareció distinguir una sombra oscura en el fondo de sus ojos. Conocía ese síntoma, era producido por el temor.

—¿Usted se encontraba en su habitación cuando sonó el grito lanzado por el desventurado Gooding?

—Exacto.

—¿Vio a los asesinos?

—No, cuando salí al pasillo, ya se encontraban en él varios invitados, entre ellos mi sobrina.

—Bien, gracias. Señor Wade, la Compañía le indemnizará en el caso de que no se logre recuperar el cuadro.

—No me importa el dinero, señor Cranis. Solo deseo volver a tener mi Van Dyck.

—Le comprendo perfectamente, señor —asintió Cliff con gravedad—. La Compañía no desea otra cosa, puedo asegurárselo. Pero nos enfrentamos con una banda muy hábil, acostumbrada a actuar con éxito.

Hart asió el brazo del joven.

—Le acompañaré, Cliff. Le presentaré al resto de los invitados, después puede actuar con completa independencia. Solo le ruego que me

comunique sus descubrimientos.

—Si consigo realizarlos.

—Con su permiso nos vamos, señor Wade.

—Sí, sí, pueden ustedes recorrer toda la casa a su entera libertad. La servidumbre ya recibirá órdenes referente a usted, Cranis.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso, procuro facilitar la recuperación de mi cuadro.

Los dos hombres se encontraron en el vestíbulo. Cliff preguntó:

—Un asunto muy confuso, ¿verdad, capitán?

—Sí. No se ha encontrado el menor rastro, los asesinos son extraordinariamente hábiles. La ventana fue forzada con facilidad, así como los timbres de alarma. Cuando realizan un golpe ya conocen el terreno a la perfección, de esta forma no cometen el menor error. Anoche se presentó un obstáculo imprevisto, y tuvieron que actuar con violencia. Ahora han demostrado que carecen de escrúpulos, y están dispuestos a asesinar sin la menor vacilación.

—¿Está usted convencido de que son varios los ladrones?

—Sí. He observado con atención los distintos robos cometidos y tengo esa seguridad.

—Volvieron a salir por la ventana; cruzaron el jardín y saltar la verja debió ser muy sencillo. Afuera los esperaba un automóvil y en unos minutos se encontraron muy lejos de aquí. Todo endiabladamente fácil.

—Sí, muchacho. Y esa facilidad aparente es lo más peligroso para nosotros, pues no deja huellas de los malhechores.

Y el capitán Hart dejó escapar un suspiro. Cliff le observaba, y comprendió que había dicho la verdad. En su poder no tenía indicio alguno para esclarecer el caso.

Todos los invitados se encontraban en la pequeña y atractiva piscina, faltando tan solo Percy Merriman. La mirada del joven se clavó en la palanca, sobre la que distinguió una escultural figura. Ahora, con el ajustado bañador negro, la muchacha le pareció aún más atractiva que poco antes.

Sus miradas se cruzaron. La muchacha apartó la suya con rapidez y se lanzó al agua. Su salto salió perfecto, aunque carecía de complicación. Vio como las esbeltas piernas desaparecían, y esperó a ver salir su cabeza. Esto ocurrió a los escasos segundos y la muchacha, con rápidas brazadas, llegó a la escalerilla.

El capitán Hart le fue presentando a los invitados. La mayoría eran vagamente conocidos del joven, y no les concedió excesiva importancia. Sin embargo, procuró retener sus nombres en la memoria.

Se encontró ante la joven.

—La señorita Bárbara Merriman.

—Ahora he conocido a su tío, señorita Merriman. Había oído hablar

mucho de él y deseaba conocerle.

Cliff no efectuaba ninguna pregunta, porque sabía cuál sería la contestación. Todos fueron despertados por el grito lanzado por Paul Gooding, nadie vio a los ladrones.

La mirada de Cliff se posó con admiración en la llamativa figura de una mujer. Tendría unos veintiocho años, sus cabellos estaban teñidos del color del platino, haciendo resaltar sus grandes ojos azules. Solo estaba cubierta por un bañador de dos piezas, quedando al descubierto las rotundas curvas de su cuerpo.

Entendió bien su nombre: Diana Weimer.

Otro invitado que atrajo su interés fue Gerald Lane. Tendría unos treinta y cinco años, mediana estatura, cabellos negros y rostro anguloso. Poseía un conocido «dancing» en Los Ángeles. Aunque introducido en el mundo elegante de la ciudad, sobre su nombre se formaban murmuraciones respecto a negocios no muy claros y, desde luego, al margen de la Ley.

Nunca había tenido ocasión de verle, y le causó una desagradable impresión. Quizá esto se debió en gran parte a que le vio junto a Bárbara, rodeándola de atenciones.

Ofreció su cajetilla de cigarrillos al capitán, este hizo un gesto negativo.

—Me olvidaba que usted solo fuma puros —dijo Cliff sonriendo.

Encendió un cigarrillo, mientras contemplaban cómo Lane y Bárbara se lanzaban a la piscina. Gerald Lane solo era un nadador regular, y tenía que esforzarse para no quedar detrás de la muchacha. Esto complació a Cliff, sin poderse explicar el motivo.

El capitán Hart recorrió el jardín, muy bien cuidado, enseñándole la pista de tenis. Robert Wade poseía una suntuosa morada. La verja, no excesivamente alta, era fácil saltarla. No constituía ningún obstáculo.

—Como verá, Cliff, hasta no llegar a la casa los ladrones no han tropezado con ninguna dificultad. La retirada la pudieron realizar con rapidez, logrando no ser vistos por los invitados y el dueño de la casa.

—Me ha sorprendido ver a Gerald Lane entre los invitados.

—Yo no, estoy acostumbrado a ver a ese granuja en moradas muy honorables. Gerald Lane ha logrado introducirse entre la buena sociedad de la ciudad. En estos tiempos no es nada sorprendente.

—Sí. ¿También se encontraba en algunos de los lugares donde se cometieron otros robos?

—No, los restantes robos fueron muy distintos, generalmente aprovechando la ausencia de sus dueños. No creo a Lane capaz de meterse en un asunto tan comprometido. Ahora posee una buena posición. Su «dancing» le produce crecidos beneficios.

El sargento Quarles se unió a ellos, tras dirigir una oblicua mirada al joven.

—Todo sigue igual, capitán.

—Ya ha visto a Cliff Cranis, Quarles. Debe ayudarle en cuanto le sea posible. Persigue la misma finalidad que nosotros.

—Lo sé —asintió con sequedad.

—No ponga esa cara, sargento —dijo Cliff sonriendo—. Yo le aprecio, puede tener la seguridad de ello.

—¡Hum!

Esta exclamación resultaba muy elocuente. Indicaba no creerle y no tenerle confianza alguna. El sargento Quarles antes se dejaría despedazar que reconocer las cualidades de alguien ajeno al cuerpo de la policía.

Cliff realizó algunas indagaciones y se despidió del capitán Hart y del sargento Quarles. Una vez se quedaron solos, el sargento comentó:

—Cliff Cranis es un excelente muchacho.

Hart soltó una carcajada.

—Entonces, ¿por qué le trata con tan poco afecto?

—Es muy presuntuoso y se vanagloriaría de ello.

CAPÍTULO III

Virgil Armfield miró a su interlocutor.

—¿Muy preocupado, muchacho?

—Sí, no puedo negarlo. No existe la menor pista, el más ligero indicio para seguir las indagaciones. La policía está completamente desorientada, y el capitán Hart es muy competente. No se trata del primer caso, sino de una serie de audaces robos, todos de crecidos valores. Para colmo, el asesinato de Paul Gooding.

—Debes descubrir este misterio, Cliff. No solo por la compañía, sino para evitar que queden impunes estos audaces robos y la muerte de ese desdichado criado.

—Lo intentaré por todos los medios, jefe. No descansaré hasta haberlo conseguido.

—¿Arrepentido de haber aceptado este caso?

—No, aunque lamento perder estos tres días maravillosos.

—Cuando termine tu labor, tendrás una semana entera. Te lo prometo solemnemente.

—No hago caso de sus promesas, jefe. Como ocurra algo sensacional, se olvidará de haberla hecho y recurrirá a todos sus sucios ardides para obligarme a hacerme cargo del nuevo caso. Le conozco muy bien.

—Y yo a ti, Cliff.

—De eso se vale. Pero algún día se equivocará y le enviaré al infierno. Dudo que Satanás le admita en su reino.

Armfield soltó una ruidosa carcajada.

—Eso ha estado muy bien.

—No sé cuándo volveré a verle.

—No te preocupes. Aunque te agradeceré que de vez en cuando me hagas una llamada telefónica.

—No se lo prometo.

—Procura hacerlo, estaré más tranquilo. Y ten cuidado, esa gente es peligrosa.

—Siempre he apreciado mi pellejo.

Y con un ademán, se despidió.

Subió a su coche y se lanzó hacia adelante, metiéndose en el intenso tráfico. No tardó en detenerse ante un solitario bar, enclavado en una calle tranquila. El camarero le recibió con una radiante sonrisa.

—Buenas tardes, Cliff.

—Quiero estar tranquilo durante una hora.

—No debe preocuparse por eso, no creo exista lugar más pacífico en toda la ciudad.

No tardó en estar cómodamente sentado ante una mesa situada en un rincón del amplio local, teniendo delante un doble de coñac. Se trataba de un lugar muy agradable para él, que había descubierto por casualidad hacía un par de años.

Le gustaba acudir allí cuando debía consultar notas y sumirse en profundas meditaciones. En esta ocasión lo necesitaba como nunca.

Bebió un sorbo de coñac y encendió un cigarrillo. El licor era de excelente calidad, otra de las cualidades de aquel bar. Por las noches y días festivos era cuando se llenaba, aunque la clientela resultaba muy tranquila, limitándose a conversar y contemplar la televisión.

Consultó sus abundantes notas. En una hoja de bloc fue anotando varios nombres y direcciones, todo en correcto orden. Todos estaban relacionados con los robos efectuados en la ciudad y sus alrededores. Antes de escribir un nombre, lo hacía objeto de una detallada meditación.

Empleó más de una hora en la tarea. Se levantó y después de pedir una ficha telefónica, se encaminó a la cabina. Otra casualidad de aquel bar; podía hablar tranquilamente sin temor de ser oído.

Llamó a la morada de Robert Wade. Oyó voz de mujer, posiblemente la atractiva y pizpireta doncella.

—¿Haría el favor de avisar al capitán Hart?

—Ya no se encuentra en la casa, señor.

—Entonces, desearía hablar con el sargento Quarles.

—Tampoco está. Los policías se han marchado. ¿Desea algo más?

—No, muchas gracias.

Colgó, con una expresión de perplejidad en su rostro. El capitán Hart habíase dado por vencido muy pronto. Le sorprendía, porque conocía su tenacidad.



—¿Desea tomar algo?

Llamó a la comisaría. No tardó en ponerse el sargento Quarles.

—Soy Cliff Cranis, sargento.

—Ya había conocido su voz. ¿Qué desea?

—Ya estoy enterado de que han abandonado la mansión del señor Wade, el capitán Hart aún no lo había decidido esta mañana. ¿Qué motivo le ha impulsado a tomar esa decisión?

—Fue repentinamente. De pronto decidió abandonar aquella casa, porque nuestra permanencia en ella era inútil.

—Comprendo. Le estoy muy agradecido. Hasta la vista.

Oyó un gruñido antes de colgar. El sargento Quarles siempre tan amable, aunque en esta ocasión se mostró muy explícito, y no pronunció ningún juramento.

Pagó el gasto efectuado y no tardó en encontrarse en su coche. Pasó también el día siguiente realizando gestiones, y al terminar sentíase desalentado. No había conseguido adelantar el menor paso. No descubrió el más ligero indicio para esclarecer el caso.

El jefe de los forajidos debía ser un tipo inteligente, dotado de gran habilidad y astucia. En ninguno de los robos efectuados dejó huella alguna de su paso, exceptuando los valiosos objetos desaparecidos. Pero en el último golpe dejaron un cadáver.

Aquella noche cenó en un restaurante extraño para él. Algunas veces le gustaba quedarse en un lugar donde nada le era conocido.

Había llamado a Armfield, informándole de la escasa suerte tenida. Esto resultaba penoso al joven. Se encontraba como al principio, sin objetivo alguno.

Decidió irse a acostar, no tenía humor para ir a cualquier «dancing» y pasar unas horas con una chica bonita. Llegó a su apartamento y se desnudó, luego encendió un cigarrillo. Cogió una botella de coñac y vertió una pequeña parte de su contenido en un vaso, apurándolo de un trago.

Se metió en el lecho y abrió una novela. En realidad, casi no se enteró de su contenido, pues su pensamiento se encontraba en otra parte.

No se dio cuenta y dejó de fijar la atención en aquellas líneas, para evocar un rostro muy bello y un cuerpo escultural. Se sorprendió al darle un nombre: Bárbara Merriman.

¿Qué le importaba aquella muchacha? Apenas había cambiado algunas palabras con ella. El conocía a muchas mujeres bonitas y nunca acostumbraba a pensar en ellas.

Diana Weimer resultaba mucho más voluptuosa que Bárbara; no obstante, él pensaba en la linda muchacha. Y se enfureció. Arrojó la novela sobre una butaca y aplastó la colilla en el cenicero. Apagó la luz y dio media vuelta, decidido a dormir.

En contra de su voluntad continuó viendo a Bárbara. La veía en lo alto

de la palanca, con su ceñido bañador negro. Sus miradas se cruzaban y se arrojaba al agua en un bonito salto.

No debía pensar en la muchacha, pues debía tratarse de una de tantas jóvenes acostumbradas a vivir en las mayores comodidades. Él contaba con un buen sueldo, pero en forma alguna podría proporcionarle una vida tan suntuosa.

Este pensamiento acabó de irritarle. ¿Cómo se le ocurriría la idea del matrimonio? Él amaba su libertad sobre todas las cosas, esto y su profesión constituían sus mayores bienes. No le importaban los riesgos de su profesión.

Al fin quedó sumido en un profundo sueño. Cuando despertó se puso bajo la ducha, notando un gran placer al contacto del agua. Se vistió y bajó a la calle, yendo a desayunar.

Se dirigió hacia una de las calles principales de la ciudad. Aparcó y entró en un edificio moderno. En el ascensor meditó sobre las palabras a pronunciar cuando se encontrase en presencia de Bárbara.

Pulsó el timbre y esperó impaciente. Sin embargo, su aspecto era tranquilo, impasible. Una vez más demostraba su perfecto dominio sobre sus nervios.

Se abrió la puerta y apareció Bárbara Merriman. Vestía un ceñido pantalón negro y un ajustado jersey azul. El cabello le caía sobre los hombros, completando aquella visión encantadora.

—Buenos días, señorita Merriman. ¿Se acuerda de mí?

—Naturalmente, señor Cranis. ¿Cómo no me iba a acordar, si le vi anteayer? Y las circunstancias no resultaban muy agradables.

—¿Debido a mí presencia?

—¡Oh, no! No sea tan presuntuoso. Pero no se quede en la puerta, haga el favor de pasar.

—Gracias, es usted muy amable.

La joven le hizo pasar a una salita, sencilla y coquetonamente amueblada. Cliff tuvo tiempo de admirar su deliciosa silueta, notando un extraño desasosiego en el interior de su ser.

Aceptó la butaca ofrecida y cruzó las piernas. Bárbara se sentó frente a él, no pudiendo contener su curiosidad.

—¿A qué se debe su visita, señor Cranis?

—Por favor, puede llamarme Cliff. Me resulta más familiar.

—No tengo amistad con usted.

—Podemos iniciarla desde este instante, Bárbara.

—¿Ha venido para eso? —inquirió ella enarcando las cejas.

—No, no, solo trataba de aprovechar esta magnífica oportunidad.

—Dígame el motivo de su visita —dijo con sequedad la muchacha.

—Deseaba ver a su tío para hacerle algunas preguntas.

—Lo lamento, pero ha salido ya.

—Yo también, puede creerme. ¿Dónde podría encontrarle?
—Probablemente en la sala de arte propiedad de Carl Rogers. ¿La conoce usted?
—Sí.
—¿Desea una copa de *whisky* o coñac?
—Se lo agradezco, no quisiera molestarla.
—No es ninguna molestia, de lo contrario no le hubiese invitado. ¿Qué quiere?
—Coñac.
La muchacha se levantó. Cliff pudo admirar sus movimientos, así como su busto juvenil.
Cliff saboreó el coñac e hizo un gesto de aprobación.
—Es excelente.
Y ofreció su cajetilla de cigarrillos a la joven.
—Gracias, no fumo.
—¿Le molesta el humo?
—No, no. Puede fumar, sobre la mesita verá un cenicero.
—Es usted muy hospitalaria. Cuando tenga otra oportunidad, le haré otra visita.
—Me está resultando muy oportunista, señor Cranis.
—Por favor, simplemente Cliff. ¿No le gusta mi nombre?
—Como otro cualquiera.
—No le perdonaré esa frialdad, Bárbara.
Ella enarcó las cejas, mostrando claramente su irritación.
—Es usted muy fresco, señor Cranis.
—Por lo visto, no le soy simpático —Cliff se encogió de hombros, como resignándose a aquel hecho—. Temo haberle molestado.
—Un poco. Le creí más caballeroso.
El joven se levantó.
—No creo haberla ofendido; si ha sido así, no era mi propósito.
—Perdone, señor Cranis. No estoy ofendida, quizá se deba a lo ocurrido en casa del señor Wade.
—¿Había estado otras veces invitada en aquella casa?
—No, no, era la primera vez. Mi tío tiene gran amistad con Robert Wade.
—¿Usted entiende de arte?
—Pinto, aunque soy aficionada.
—Eso es admirable. ¿Puedo ver alguno de sus cuadros?
—Sí, con la condición de no reírse.
—¿Reírme? Nunca acostumbro a hacerlo cuando contemplo el trabajo de otra persona.
La siguió hasta un pequeño y bien iluminado estudio. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y en un rincón había varios cuidadosamente

apilados.

—No todos son míos —dijo Bárbara sonriendo—. Son estos. ¿Qué le parece?

Cliff creyó percibir un oculto anhelo en aquella pregunta. Esto le complació.

—No entiendo mucho de pintura, Bárbara. Pero no están mal, son agradables.

Y los contempló con mayor detenimiento. Uno de ellos reflejaba la vista de la ciudad desde la ventana. Cliff sintióse subyugado, gustándole su realización.

—Este es el que más me gusta.

Por un instante tuvo la impresión de que tenía delante una chiquilla. Los ojos de Bárbara brillaban de alegría y sus mejillas estaban enrojecidas. Los rojos y bien formados labios estaban entreabiertos, mostrando sus dientes blancos e iguales.

—A mí también, Cliff.

—¿Está en venta?

—No, deseo guardarlo.

—Puede hacer otro igual.

—No me sería posible.

—Si alguna vez decide venderlo, avíseme. Si no pide una cantidad fabulosa, lo adquiriré.

—Jamás me desprenderé de él.

—Es absurdo. Los cuadros se hacen para venderlos. Ya la he molestado bastante, buenos días.

Ella le acompañó hasta la puerta. Cliff se encontraba contento. Bárbara al fin le había llamado por su nombre, y había visto brillar sus preciosos ojos.

No tardó en detenerse en las cercanías de donde se encontraba la sala de arte propiedad de Carl Rogers. Se hallaba en los bajos de un soberbio edificio. El joven siempre tuvo reparos en entrar en ella, porque comprendía que estaba destinada a los poseedores de grandes fortunas.

Entró en la vasta sala, que estaba bastante concurrida. Quizá aquellos robos cometidos últimamente habían estimulado el interés de la gente hacia los objetos de arte. Un morboso sentimiento impulsaba a admirar los cuadros, valorados en cuantiosas sumas.

Inmediatamente, vio la alta y gruesa figura de Percy Merriman. Estaba hablando con un individuo de escasa estatura, delgado y aspecto vivaracho, cuya edad ya frisaría los sesenta años. Vestía con aparatosa elegancia, desentonando con su pequeña humanidad. Lo reconoció enseguida; era el dueño de la sala, el prestigioso Carl Rogers.

Admiró algunos cuadros, todos pertenecientes a conocidas firmas. Carl Rogers solo exhibía calidad.

Se fue acercando con lentitud, deseando comprobar la reacción de Percy Merriman al verle. Un presentimiento le inducía a entrevistarse con el tío de Bárbara. Y él acostumbraba a hacer caso de sus presentimientos.

Algunos de sus éxitos fueron obtenidos merced a estas circunstancias.

Se detuvo a escasos pasos de los dos hombres, que mantenían una animada conversación. Rogers gesticulaba con vehemencia. A pesar de su ridículo aspecto, al hablar desaparecía toda su petulancia y aparecía su verdadera personalidad. Merriman hablaba pausado y sus contestaciones parecían exasperar a su interlocutor, cuyos esfuerzos para convencerle resultaban vanos.

Avanzó decidido. Su mirada estaba fija en el rostro amplio y colorado de Merriman. Este acababa de verle. Su expresión cambió imperceptiblemente; le dio la impresión de que se ponía en guardia, como si un inesperado peligro le acechase.

Se encontraba a dos metros escasos de Merriman, y podía observar a la perfección sus ojos grises. En el fondo de estos se divisaba perfectamente las sombras del temor.

Ya no le quedó ninguna duda; aquel hombre temía algo y su presencia le angustiaba. Solo le faltaba descubrir el motivo y quizá este estaba relacionado con la desaparición de Van Dyck y la muerte de Paul Gooding.

—Buenos días, señor Merriman. ¿Se acuerda de mí?

—Jamás podré olvidarme de usted, señor Cranis. Su presencia está relacionada con un desagradable suceso ocurrido recientemente. Esas cosas quedan grabadas en la memoria para siempre.

—A mí ya no me ocurre eso, estoy acostumbrado —respondió Cliff, sonriendo.

—No diga usted eso, joven —intervino Carl Rogers con su característica vivacidad—. Estoy acostumbrado a ver casi diariamente cuadros de grandes maestros y jóvenes promesas, pues de todas ellas guardo un recuerdo imperecedero.

—Exacto, señor Rogers. Ha dicho usted la verdad. Se acuerda perfectamente de los grandes maestros y las jóvenes promesas, pero se olvida de los pintores mediocres, ¿no es cierto?

—Sí, naturalmente.

—A mí me ocurre lo mismo. Me acuerdo de los grandes ladrones y me olvido de los vulgares rateros.

—Por lo visto, conoce usted al señor Rogers —dijo Merriman.

—Sí, he tenido ocasión de verle en distintos lugares, aunque él no me conoce.

—Eso se remedia con mucha facilidad. Carl, este joven es el inspector de la Compañía aseguradora del Van Dyck desaparecido. Su nombre es… —meditó unos instantes—. Cliff Cranis.

Rogers le estrechó la mano, su apretón fue fuerte. Daba la impresión de

poseer un carácter jovial e impulsivo.

—Me alegro de conocerle, Cranis. Ustedes son… ¿cómo diría yo…?

—Salvaguardadores de sus tesoros —apuntó Cliff.

—Esa es la frase precisa, verdaderamente genial. Salvaguardadores de nuestros tesoros. ¿Qué te ha parecido, Percy?

—Una frase oportuna y definidora.

Se hizo una breve pausa.

Cliff observó con detención el rostro de Percy Merriman. Aquel hombre, a pesar de su correcta postura y su sonrisa, estaba en guardia. En el fondo de sus ojos grises existían de nuevo las sombras de temor.

Fue él quien rompió el corto silencio:

—¿Desea hablar conmigo, Cranis?

—Sí. Ahora vengo de su casa. Su sobrina ha tenido la amabilidad de informarme dónde podría encontrarle.

—Pase al despacho del señor Rogers, hablaremos con más tranquilidad. Mi amigo no tiene inconveniente en prestárnoslo por algunos minutos.

—No será necesario, Merriman —respondió Cliff, alzando una mano—. De ninguna manera quiero causarles molestias.

—No se trata de molestias —opuso Rogers con vehemencia—. No se debe escatimar ningún esfuerzo para recuperar una obra de arte. Si puedo ayudarle en algo, cuente conmigo.

—Es usted muy amable, Rogers. No es necesario pasar a su despacho y hablar a solas con el señor Merriman. Al contrario, prefiero su presencia. Solo deseo formular algunas preguntas.

Vio cómo las sombras de temor se desvanecían en el fondo de los ojos de Percy Merriman. Hasta creyó oírle dejar escapar un suspiro de alivio.

—Ya puede empezar, Cranis.

—¿Es muy difícil vender un cuadro de Van Dyck?

—¡Oh, no, sencillísimo! Solo falta que el comprador posea la confianza del vendedor.

—No le he comprendido bien. ¿Se refiere a la moralidad?

—No, el comprador sabe perfectamente que el cuadro ha sido robado. Solo debe confiar en no ser traicionado por el vendedor, en el caso de ser este detenido.

—Esto es muy difícil de asegurar. La policía suele hacer declarar a los ladrones.

Merriman sonrió abiertamente.

—Me sorprende usted, joven. Su profesión ya le habrá enseñado la forma cómo se procede en estos casos. Suelen haber intermediarios entre vendedor y comprador. Estos son hábiles y se ocultan tras una apariencia de honorabilidad.

—En joyas lo comprendo perfectamente. Pero un cuadro famoso ya resulta más difícil, pues no se puede exhibir a las amistades, porque

inmediatamente sería reconocido.

—Exacto. Comprendo lo que quiere decir —asintió Merriman.

—No pueden existir muchos compradores de esos objetos.

—Más de lo que usted se imagina —dijo Rogers con repentina seriedad—. Los nuevos ricos, esos seres que de súbito se encuentran con una gran fortuna, adquieren objetos valiosos solo para exhibirlos. Los emplean como una bandera de su nuevo poderío; en realidad, no los aprecian. En cambio, existen hombres que están obsesionados con las obras de arte. Son capaces de gastar en ellas cuanto poseen, manteniéndolas ocultas, solo para contemplarlas cuando lo desean. Esos son los compradores de las obras de arte robadas.

—¿Existen esa clase de hombres? —preguntó Cliff asombrado.

—Sí. Con sinceridad, Cranis —Rogers sonreía ampliamente y gesticulaba con sus cortos brazos—, si yo poseyese una gran fortuna, no vacilaría en ser uno de ellos. ¿Se imagina el placer de ser el único poseedor de esos tesoros y contemplarlos cuando se desea?

El joven asintió con un movimiento de cabeza.

—Me ha convencido usted, Rogers.

Este extrajo una valiosa pitillera de oro y la ofreció a sus interlocutores. Estos aceptaron. Rogers, con un gesto, les invitó a pasar a su despacho.

—Pasar el cuadro al extranjero ya es más difícil, ¿no es cierto?

La pregunta de Cliff estaba dirigida a Merriman.

—Sí, infinitamente más. En aduanas existen expertos, y es muy difícil burlarles. Aunque también es posible. Son dos inteligencias contrarias, una debe vencer a la otra.

Cliff asintió. Efectuó algunas preguntas más y luego se despidió. Ambos hombres le estrecharon la mano, reiterando sus deseos de ayudarle.

CAPÍTULO IV

El coche se detuvo frente a un suntuoso edificio. Cliff saltó a la acera y lo observó. No tuvo necesidad de hacer pregunta alguna, pues conocía perfectamente cuál era el apartamento de Leticia Cleare.

No tardó en encontrarse ante la puerta y llamó. Una criada apareció ante él, mirándole con curiosidad.

—¿Qué desea usted?

—Hablar con la señora Cleare. Haga el favor de entregarle mi tarjeta.

La criada se echó a un lado para dejarle pasar, cerrando la puerta. Le hizo pasar a una elegante salita y desapareció, sin haber pronunciado palabra alguna.

Cliff miró a su alrededor tras haberse sentado. La estancia estaba amueblada con exquisito gusto.

Parpadeó al ver entrar a una hermosa mujer. Ya tendría unos treinta y dos años, pero su figura continuaba siendo esbelta. Sostenía entre sus dedos de uñas rojas la tarjeta de Cliff.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor Cranis?

—Quisiera hacerle algunas preguntas, señora Cleare, si usted tiene la amabilidad de responderlas.

—No conozco esas preguntas —con un gesto le indicó se volviese a sentar.

Cliff obedeció y durante unos instantes estuvo pendiente del revoloteo de la falda de la mujer, que mostró una buena parte de sus largas y bien torneadas piernas. Ella fingió no darse cuenta de la observación del visitante.

—Son personales, señora Cleare. Pero nadie se enterará de sus respuestas. Soy inspector de seguros, inútil será decirle cuánta es mi discreción.

—¿Qué desea usted saber?

—La causa de su divorcio con Robert Wade.

—La pregunta no está justificada, señor Cranis. La respuesta es muy fácil de hallar en un periódico de hace tres meses. Se habló bastante de ello.

—He leído cuanto se escribió acerca de su divorcio: Incompatibilidad de caracteres; siempre se recurre a esa frase. Pero me gustaría conocer el verdadero motivo.

—No existe otro motivo.
—¿No trata de engañarme?
—No tengo necesidad de ello, con negarme a responderle tendría bastante. ¿No lo cree?
—Sí.
—Su ex esposo le pasa una crecida pensión, mientras usted no vuelva a contraer matrimonio.
—Así lo decretó el juez —respondió Leticia Cleare.
Los rojos y bien formados labios estaban entreabiertos en una burlona sonrisa.
—¿El verdadero motivo del divorcio no fue Diana Weimer?
La sonrisa desapareció del semblante de la bella mujer. Sus labios quedaron apretados con fuerza, dando la sensación de ser una línea recta. Sus ojos fulguraron de indignación.
—¿Cómo se permite hacer esa suposición?
—Estoy indagando la verdad.
—Y todo por la desaparición de un cuadro.
—No —respondió Cliff con severidad—. Se trata del asesinato de un hombre.
—Es cierto, no me acordaba del pobre Paul.
—¿Llevaba mucho tiempo Paul Gooding al servicio?
—Unos dos años; no recuerdo exactamente. Venía bien recomendado y su comportamiento siempre fue ejemplar. Conocía sus obligaciones a la perfección, no había necesidad de ordenarle una cosa dos veces. Le apreciaba.
—¿Me responde usted a la pregunta anterior, señora Cleare?
Ella vacilaba, su rostro estaba pálido, poniendo de manifiesto su maquillaje. Daba la impresión de que había envejecido diez años.
—Es probable, no tengo la seguridad de ello.
—Me he informado y casi he adquirido la seguridad del enlace de Robert Wade con Diana Weimer.
—No me importa, se lo aseguro.
—Antes de su divorcio, su esposo ya mantenía relaciones con Diana, ¿verdad?
—Es posible. Nunca he acostumbrado a fijarme en esas cosas, tenía plena confianza en Robert.
Cliff fue a formular otra pregunta, pero se contuvo. Con repentino impulso se puso en pie.
—No quiero continuar importunándola más, señora Cleare. He abusado demasiado de su amabilidad.
Ella le imitó. Aparecía serena, aunque su opulento seno se agitaba convulsivamente.
—Estoy dispuesta a responder a cuantas preguntas quiera hacerme,

Cranis. Me gustaría que el asesino del pobre Paul obtuviese su merecido.

Y le acompañó hasta la puerta, tendiéndole la mano.

—Por hoy es suficiente, señora Cleare. Quizá otro día.

Y sonrió antes de marcharse.

Entró en una cabina pública y llamó a su jefe. No tardó en escuchar la voz agradable y firme de Armfield. Durante unos minutos habló sin cesar. A veces tenía la sensación de que no era escuchado, de que no había nadie al otro extremo del hilo. Pero no era así, tenía la seguridad de que Virgil Armfield no perdía una sola palabra.

Cuando calló, se cercioró de ello, al escuchar la voz del director de la Compañía.

—Muy bien, muchacho. Sigue por ese camino, quizá logres llegar hasta la verdad.

—Todo continúa muy confuso a mí alrededor, todo está endemoniadamente embrollado.

—Me lo imaginaba, Cliff. Por eso te elegí para resolverlo.

—Esta noche visitaré a Gerald Lane. No me gusta ese individuo, le creo capaz de cometer las peores fechorías.

—¿Incluso el asesinato?

—Sí.

—Pues ten mucho cuidado. Si no te equivocas y sospecha de ti, será capaz de suprimirte.

—Siempre se lo he dicho, aprecio mi pellejo, aunque usted no diese diez centavos por él.

—Me gustaría más poder despedirte, Cliff —rio Armfield.

—No se olvide de realizar esa investigación, la juzgo muy importante. Cuando le llame mañana, quisiera conocer el resultado.

—Haré todo lo posible.

Cliff colgó y encendió un cigarrillo. Se sobresaltó al oír repiquetear en los cristales. Un individuo de aspecto nervioso le indicaba sus deseos de usar el aparato telefónico.

—Perdone, señor.

Le contestó con un gruñido. El joven se encogió de hombros y llegó a su coche. Permaneció varios minutos fumando, echado hacia atrás. En su cerebro se cruzaban las ideas sin cesar, pero no lograba retener ninguna. Todo era confuso, de lo único que estaba convencido era de que se había producido un gran cambio en él.

Algo le dominaba, sin lograr evitarlo. Se trataba del recuerdo de Bárbara Merriman. La muchacha aparecía ante él, sus bellos ojos brillaban y sonreía. Estaba igual como cuando afirmó que le gustaba su cuadro. Todavía no lograba saber cómo consiguió contener su impulso y no la abrazó.

Esto solía ocurrirle con cuantas mujeres bonitas aparecían ante él, pero

ahora era algo distinto. Se estremeció; por vez primera se formuló la pregunta.

¿Estaba enamorado?

Al no negarlo de forma rotunda, sonriendo burlón, le produjo la sensación de haber respondido afirmativamente. Esto no podía ser posible. El jamás perdería su libertad.

Pero empezaba a darse cuenta de lo contrario. Sintió una inexplicable alegría cuando se dio cuenta que la muchacha no era un producto de lujo, como creyó en un principio. Bárbara atendía su apartamento sin necesidad de servidumbre.

Al parecer, la posición de su tío no era excesivamente brillante, y ella no poseía ninguna fortuna. Resultaría agradable vivir con Bárbara, teniendo la seguridad de encontrarla cuando llegase al hogar. Sí, sería una excelente esposa.

Emprendió la marcha. Notó un vacío en su estómago; tenía apetito. Esto era normal en él, pues no acostumbraba a perderlo, por muchas que fuesen sus preocupaciones.

Una vez hubo comido y saboreado una taza de café, realizó un par de gestiones y se metió en un cinema, dispuesto a descansar un rato.

Cuando entró en el «dancing», propiedad de Gerald Lane, vistiendo su mejor traje, Cliff vio que no había sido mal informado. El local era lujoso y sus clientes denotaban estar en buena posición. La orquesta era excelente. Durante unos minutos permaneció inmóvil, escuchándola.

Se quedó en el largo mostrador. Pidió un doble de coñac. No estaba dispuesto a ocupar ninguna mesa. De haberlo deseado no le habría sido posible, pues la mayoría aparecían ocupadas, y las restantes teman un aviso de «reservada».

Cogió la copa y paladeó el licor. Extrajo la cajetilla y hábilmente se colocó un cigarrillo en los labios. Le prendió fuego y su mirada quedó fija en una sugestiva pelirroja. Esta le sonreía.

—¿Quiere fumar? —invitó.

Ella, por toda contestación, extendió la mano, apoderándose del cigarrillo. Cliff le ofreció fuego.

—¿Desea tomar algo?

—Un combinado. Es usted muy amable.

Cliff se aproximó más a ella.

—¿Cómo se llama?

—Virginia.

—Un nombre precioso. ¿Bailamos?

—No faltaba más. Lo deseaba en cuanto le vi.

—¿De veras? —inquirió Cliff con ligera ironía.

Bebió un sorbo de coñac, descendió del alto taburete y asió el brazo de la pelirroja. Esta se apoyó en él. El contacto del turgente cuerpo enardeció

al joven, pero se mantuvo impasible. Él se encontraba en aquel lugar para realizar una misión, no para divertirse. Y lo lamentaba; la pelirroja era atractiva.

Se deslizaron siguiendo el ritmo de la música. Cliff hablaba sin prestar excesiva atención a lo que decía, sus palabras salían de sus labios como si se tratase de una lección aprendida. La pelirroja reía, arrimándose a él, haciendo desaparecer toda separación.

Esto ya empezó a preocupar a Cliff. El ansiaba tener su mente desprovista de toda subyugación. De improviso no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. A su lado, apenas a un metro de distancia, se hallaba Leticia Cleare, la ex esposa de Richard Wade.

Ella también le había visto y reconocido, pues le saludó con una inclinación de cabeza. Bailaba con un hombre alto, moreno y cabellos muy rizados. Vestía con mucha elegancia y su aspecto le resultó repulsivo.

No esperaba verla en aquel lugar, aunque resultaba muy apropiado para ella, y menos con semejante compañía.

—¿Te ocurre algo, Cliff? —preguntó la pelirroja mirándole inquieta.

—No, Virginia. ¿Qué puede ocurrirme?

—Pareces haber enmudecido de repente. Me gustaba cuanto me estabas diciendo.

—He visto a una persona conocida y la he saludado, eso ha sido todo.

—Es muy bella, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—No trates de fingir, me he dado cuenta. Esa persona es Leticia Cleare.

—¿La conoces? —preguntó Cliff, sorprendido.

—Naturalmente, somos amigas.

—¿Sois... amigas? —musitó el joven con incredulidad.

—Sí, ¿por qué te sorprendes?

Entonces fue cuando Cliff se dio cuenta de su error. Cuanto llevaba encima Virginia era de valor. Desde sus zapatos, hasta el collar que adornaba su cuello. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Tomó a la joven por una de tantas animadoras de «dancing».

—Perdona, Virginia. Temo haberme equivocado.

—Yo tengo la seguridad —respondió la joven.

Y continuó apretándose a él. Notaba el contacto de su firme seno en su pecho, lo que le producía una sensación embriagadora.

—Lo mejor será terminar este baile y te dejaré. Me ha sido muy grato conocerte, Virginia.

—¿Vas a dejarme? ¿Y por qué?

La mano de Cliff soltó la de ella y por unos segundos acarició el collar.

—Esto vale más que cuanto poseo, querida.

—Eso no importa, Cliff. Nunca había encontrado un hombre más interesante. No lograrás escaparte.

Y le envolvió en una ardorosa mirada. Cliff notó cómo el cuello de la camisa le oprimía la garganta, dificultándole la respiración.

—Debes ser buena chica, Virginia. Entre tú y yo no puede haber nada, tan solo una alegre camaradería.

—De acuerdo, Cliff.

Y juntó su mejilla a la de él, cerrando los ojos. Cliff miró hacia el techo, como si en él pudiera hallar la solución de aquel nuevo problema. Tenía entre sus brazos a una bellísima y subyugadora criatura, dispuesta a todo para no dejarle escapar. Esto resultaba excesivo para el joven; notaba cómo sus fuerzas flaqueaban, quedando prendido entre sus encantos y el tenue perfume que emanaba de su cuerpo escultural.

¿Cómo pudo confundirse de forma tan lamentable?

—Pasado mañana podemos ir a la playa, pasaremos el fin de semana en una linda casita. Es propiedad de mi padre y nos pertenecerá por entero. Tengo una lancha motora y realizaremos maravillosas excursiones. ¿Qué te parece?

Resultaba precisamente el ensueño de Cliff. Notó que su ánimo se tambaleaba.

—Virginia, debes ser razonable. Apenas me conoces, puedo ser un desaprensivo.

—No lo eres. Tengo la seguridad de que serías el marido ideal. Papá no tendría inconveniente en aceptarte.

La contempló con la boca abierta. Resultaban un absurdo aquellas palabras.

—¿Cómo estás tan segura?

—Nunca me niega nada. Cuando quiera a un hombre no pondrá el menor reparo, a menos que sea un indeseable… Y tú no lo eres.

—Te equivocas, Virginia. Quizá no esté reclamado por la justicia, pero poco falta. Créeme, no soy un buen partido. Tú eres una chica admirable.

—¿De veras crees eso de mí, Cliff?

Los labios de Virginia estaban muy cerca de los suyos, sumamente tentadores. De nuevo clavó la mirada en el techo, esperando hallar las fuerzas necesarias para resistir aquella comprometida situación. Ya no sabía qué decir, pues la impulsiva muchacha lo interpretaba a su conveniencia.

Si la situación no era bastante angustiosa para Cliff Cranis, su mirada tropezó con la de Bárbara Merriman. Se estremeció; en los bellos ojos de Bárbara divisó la indignación y algo muy difícil de analizar.

Fue a saludarla con una inclinación de cabeza, pero la muchacha había apartado la mirada bruscamente, deseando aparentar no haberle visto.

¡Vaya! Aquella noche prometía transcurrir de forma infernal para él. Una dificultad se sumaba a otra. De buen grado hubiese deseado encontrarse muy lejos de aquel «dancing».

Esto no podía ser posible. Fue hasta allí con un fin determinado.

Se dominó y se fijó en los acompañantes de Bárbara. Eran dos hombres. Uno de ellos, su tío; el otro, Gerald Lane.

La presencia de aquel odioso individuo junto a la muchacha le enfureció. A juzgar por la reacción de la muchacha, esta se disgustó al verle bailar con la deliciosa pelirroja, y más por la postura insinuante de esta.

Esto le complació, pues demostraba sentirse interesada hacia él. Pero la presencia de Lane le soliviantó. Aquel individuo podía acompañarla en una fiesta particular y más al ser ambos invitados, pero acudir ella a su «dancing» ya era distinto. Sintió una intensa amargura en su interior.

Virginia le miraba sorprendida.

—¿Has visto a otra conocida, Cliff?

—Sí.

Su respuesta fue áspera, malhumorada.

—Con tenerme entre tus brazos ya deberías sentirte feliz, Cliff.

Tuvo la tentación de apretar el talle de la pelirroja, hasta privarla de respiración. Por fortuna, cesó la música y se apresuró a separarse. Ella se asió a su brazo.

Cliff notó la mirada de Bárbara fija en ellos. Daba la sensación de acusarle por estar bailando con una llamativa pelirroja, como si su conducta fuese reprochable, y, sin embargo, ella había aceptado la invitación de Gerald Lane. Aunque fuese acompañada de su tío, no debía permitir la compañía de semejante individuo.

Llegaron al mostrador. Cogió su copa y la vació de un trago. Con un gesto indicó al *barman* que la volviese a llenar. Virginia se limitó a beber un sorbo del combinado. Su mirada estaba fija en el rostro del joven.

—¿Qué te ocurre, Cliff?

—Absolutamente nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Te encuentro muy preocupado.

—Debe ser imaginación tuya.

—No, no. Te ha ocurrido ahora, hace solo unos minutos.

El joven intentó reír, echarlo a broma. De esa forma cambiaría de conversación. Quedó sorprendido, Virginia lo miraba muy seria.

—Termina de beber ese combinado y pediré otro.

—No, Cliff. Estoy preocupada por ti, estás apesadumbrado. Me doy cuenta de ello.

La cara de Cliff se contrajo, aunque con un esfuerzo logró mantener su habitual expresión.

—Virginia, no me ocurre nada. Debes ser buena chica y… ¿Con quién has venido?

—Con algunos amigos.

—Debes reunirte con ellos, estarán inquietos por tu tardanza.

—No te preocupes, tienen confianza en mí.

El joven meneó la cabeza, comprendiendo le sería muy difícil desembarazarse de Virginia. Habíase equivocado en todo, pues se trataba de una buena chica. Era absurdo aquel vehemente y repentino cariño hacia él. Quizá se debía a que estaba algo bebida, en lo restante mostraba ser inteligente. Desde luego, mucho más de lo que se le antojó en un principio.

—Vuelve con tus amigos, Virginia.

Ella hizo un delicioso mohín con los labios. En aquel momento estaba muy linda, y sintió la tentación de besarla.

—No me quieres a tu lado.

—No es eso. Tengo algo muy importante que hacer.

—No trates de engañarme.

—Esa idea no ha llegado ni a cruzar por mí mente.

—Embustero.

La situación se hacía cada vez más difícil. El joven casi estaba decidido a sacarla del «dancing». El aire fresco de la noche la serenaría. Se trataba de la mejor solución, de esta forma le haría reconocer lo absurdo de su comportamiento.

¿Cómo diablos podía haberse enamorado de un hombre a quién acababa de conocer? Y Virginia ahora no se le aparecía tan atolondrada como le pareció en un principio. De haber sido así, no le hubiese importado conducirse con rudeza.

Notaba fijas en él las miradas de tres individuos, y en ellas se reflejaba la envidia. Fue a coger el brazo de la muchacha, cuando dos hombres y una mujer llegaron hasta ellos. Uno de los recién llegados dijo:

—¿Dónde has estado metida, Virginia?

—Solo he bailado un poco, este encantador caballero me ha invitado. Podéis marcharos, luego me reuniré con vosotros.

El hombre que acababa de hablar con Virginia miró a Cliff con dureza. Probablemente no hubiera titubeado en agredirle. El joven lo adivinó en sus ojos.

—No, Virginia. Debes irte con tus amigos.

—No me quieres a tu lado, ¿verdad?

—Estás obsesionada con esa idea.

Y la empujó con suavidad hacia sus amigos. Hizo un rápido ademán de despedida y se alejó. Virginia volvió a hablar:

—Has sido muy amable conmigo, Cliff.

El volvió la cabeza y sonrió.

CAPÍTULO V

Ya había logrado salir de aquella enojosa situación, y dejó escapar un suspiro de alivio. Las mujeres nunca constituyeron para él un obstáculo, y ahora habían variado las circunstancias.

Desde luego, no acostumbraba a tratar con muchachas como Virginia, pues no deseaba atarse a un serio compromiso. Le gustaba alternar con mujeres de experiencia, pasar una noche agradable, una semana, quizá un mes, y después todo olvidado.

No tardó en encontrarse ante Bárbara. La muchacha le miró con frialdad, como si no le hubiese reconocido.

Cliff se alegró al verla adoptar esta actitud. Indicaba con elocuencia que estaba disgustada con él por haberle visto bailar con una joven tan atractiva como Virginia. El llamativo aspecto de la pelirroja muchacha debió causarle una errónea impresión.

—Es una agradable sorpresa verles esta noche —saludó el joven con desenvoltura.

Percy Merriman y Gerald Lane le miraron sorprendidos.

—¿Cómo se encuentra, Bárbara?

Y le tendió la mano. La muchacha se vio obligada a estrecharla.

—No me acuerdo de usted, señor.

Él la reprendió con una sonrisa.

—Vamos, Bárbara, ¿lo ha dicho de veras?

—¡Ah, sí, es usted el inspector de seguros! Es cierto, ha estado en casa esta mañana, Percy.

—Sí, ha hablado conmigo en la sala de Rogers.

—Es curioso, también le encuentro a usted, Lane.

—Es lo más natural. Este «dancing» es de mi propiedad, Cranis.

—Lo ignoraba. Es una sala magnífica, deberá estar orgulloso de ella.

—Lo estoy —asintió Lane lacónico.

Su tono indicaba su deseo de librarse de su presencia. Cliff fingió no advertirlo, su aspecto era imperturbable.

—Precisamente, deseaba volver a verle, necesito hacerle una pregunta. Procuraré molestarle lo menos posible; aunque debe comprenderlo; se trata de cumplir mi deber.

—Pero no será ahora, Cranis —protestó Lane enarcando las cejas.

—Lo dejaré para más tarde, no tengo prisa.

Había estrechado la mano de Merriman y su sobrina, pero no la de Gerald Lane. Aquel hombre le resultaba odioso, y tenía la seguridad de que era correspondido con la misma moneda.

Se inclinó ante Bárbara.

—¿Me concede este baile?

La muchacha estuvo en un tris de negarse. No lo hizo, porque su actitud habría resultado ilógica.

Se limitó a inclinar la cabeza y se levantó.

Cliff se alegró, pues por un momento temió sufrir un desaire, observándolo en la mirada de Bárbara.

Vio cómo los dedos de Gerald Lane apretaban con fuerza la mesa. Probablemente, estaría contrariado con su intromisión. Cortésmente, ofreció su brazo a la muchacha, llevándola hasta la pista.

La enlazó por el talle y se deslizaron con suavidad, dominados por el suave ritmo de la melodía. Cliff notaba una extraña turbación y al mismo tiempo una desconocida sensación de felicidad. Tenía entre sus brazos a la bella muchacha, notando su cálido aliento.

—¿De veras no se acordaba de mí?

—Naturalmente. ¿Por qué iba a mentir?

—Pues lo ha hecho, Bárbara —acusó el joven sin reflexionar—. Eso no ha estado bien.

—¡Cómo se atreve...!

—Tengo la seguridad de ello. Si hubiesen transcurrido muchas semanas o meses de mi ínsita a su casa, podría creerlo. Pero tan solo han sido unas horas, me ha enseñado sus cuadros. Eso no se puede olvidar tan pronto.

—Pues así ha sido —replicó ella alzando la cabeza y mirándole desafiadoramente.

—Estoy defraudado, creía que me consideraba un amigo.

—Es usted un agente de seguros muy petulante.

—¿Por querer tener amistad con usted? Ha exagerado, Bárbara. Mi pretensión carece por completo de engreimiento, se trata de una cosa muy natural. Y no soy inspector de seguros, sino de investigación, aunque ambas cosas sean muy honorables.

—No he querido ofenderle, señor Cranis.

—¿Ya no le gusta mi nombre?

—En absoluto.

—En cambio, encuentro el suyo delicioso. Bárbara es muy bello y encaja a la perfección con su figura, su cara, sus ojos y...

—¡Basta, señor Cranis!

—No creo haberla molestado.

—Sí, lo ha hecho. Probablemente, le habrá dicho lo mismo a aquella pelirroja.

Con un esfuerzo logró reprimir una sonrisa de satisfacción al oír la

airada respuesta de la muchacha. Nada pudo haberle complacido tanto, pues Bárbara demostraba estar enfurecida por haberle visto bailar con Virginia.

—No, no lo he hecho. Aunque Virginia también es muy linda.

—Pues le hubiera escuchado muy complacida, parecía mostrarse propicia a ello.

—Se muestra injusta. Virginia es una buena chica.

—No quiero discutirlo, no me interesa en absoluto.

—Estaba convencido de lo contrario.

—¡Es usted un insolente!

—Mentirosilla —la reprendió él sonriendo—. Afirmó hace muy poco que no me recordaba y ahora me reprocha mi proceder.

—¿Reprocharle yo? —exclamó Bárbara con las mejillas enrojecidas por la indignación—. ¿Quién se ha creído qué es?

—Tan solo Cliff Cranis, modesto inspector de una compañía de seguros y perdidamente enamorado de usted.

Cliff se quedó confuso al terminar de hablar. Lo había hecho impulsivamente, y comprendía el significado de sus palabras. Acababa de portarse estúpidamente declarándose a la muchacha. ¿Quién le mandaba pronunciar aquella comprometedora frase?

Ella le miraba con la boca abierta por el estupor. Reaccionó y respondió con vehemencia.

—¡No le permito burlarse de mí, Cliff!

—¿Por qué iba a burlarme de usted? He hablado con sinceridad, jamás he hablado a una mujer de esta forma.

—Usted no puede haberse enamorado de mí.

—¿Cómo lo sabe?

—Solo me ha visto tres veces. No es posible.

—En la primera ocasión, ya tuve la seguridad. Esta mañana, al visitarla, y precisamente en su estudio, se confirmó mi certeza.

La música había cesado y los dos jóvenes se separaron. Sin embargo, ninguno de los dos dio un paso para regresar a la mesa ocupada por Lane y Merriman.

—Usted ignora quién soy yo —dijo Bárbara mirándole con fijeza.

—Hasta cierto punto, Bárbara. Conozco su nombre y a su tío. Tiene un apartamento encantador, y pinta. Me parece una mujercita adorable para convertirse en una esposa ideal.

—Ha formado una opinión muy buena de mí.

De nuevo sonó la música. Cliff sonrió e invitó:

—¿Continuamos bailando?

—Deberíamos haber regresado a la mesa, mi tío quizá esté intranquilo.

—Pero no lo hemos hecho. Ya es tarde, ¿no cree?

—Sí.

La enlazó de nuevo, y se mezclaron con las restantes parejas.

—¿Y usted? —inquirió Bárbara de súbito.

El joven no pudo contener una carcajada.

—¿Yo? No creo ser tan buen partido. Soy inspector de una compañía de seguros, mi porvenir no es excesivamente brillante, pero me permitirá adquirir una casita y formar un hogar confortable. No he asesinado, no he robado ni tengo deudas.

—Todo un marido ideal.

—No se burle, Bárbara.

—¿Por qué he de hacerlo? No existe motivo alguno.

Él la apretó con fuerza contra sí, notando cómo el juvenil cuerpo se estremecía. Sus labios rozaron la tersa mejilla de la muchacha y murmuró:

—¿Me correspondes, Bárbara?

—No. Lamento responderle así, pero no deseo que se forme esperanzas.

Cliff se irguió, notando un profundo dolor en el interior de su ser. Se limitó a sonreír.

—Lo comprendo. No puedo obligarla a quererme.

No volvió a hablar.

Bárbara le miró de soslayo, le vio impasible, como si hubiesen estado hablando de algo sin importancia. Se mordió los labios despechada. Acababa de conseguir su propósito, haciendo callar al joven, cuando se expresaba con tanta vehemencia. Al verle tranquilo, temió haber sido objeto de una broma, Cliff no estaba enamorado de ella. Quizá todo se redujo a una broma, aunque él parecía haber hablado con seriedad.

Hubiera querido verle protestar, gesticular tratando de convencerla. Pero no, se limitó a responderle y quedarse tranquilo.

Y esto era precisamente lo que deseaba, pues le costó realizar un esfuerzo para responder con tanta firmeza. Cliff parecía poseer un gran poder sobre ella. De haber intentado besarla, probablemente no hubiese podido oponerse.

Si el primer baile transcurrió para ellos con la rapidez de un relámpago, este resultaba interminable. Ambos deseaban que cesara la música y regresar a la mesa.

Y esto ocurrió. Cliff, ya cerca de la mesa, habló con sequedad:

—Temo haber sido inoportuno.

—¡Oh, no, Cliff! Su comportamiento no ha podido ser más correcto, le estoy muy agradecida por la opinión que se ha formado de mí.

—Olvídese de cuantas tonterías haya podido decir.

—No me será posible. Han sido unas palabras muy hermosas, Cliff, cualquier mujer estaría orgullosa de oírlas.

—Pero sin aceptar la declaración. Lo comprendo.

El corazón de Bárbara latió con fuerza. Ahora estaba convencida de la sinceridad de Cliff. Sus palabras fueron sinceras y estaba defraudado por

haber sido rechazado. Pero ya se encontraban a escasa distancia de su tío y Lane, y no podían continuar hablando.

—Temía hubiese raptado a mí sobrina, Cranis —comentó Merriman jovialmente.

—Nos hemos distraído hablando de cosas de escasa importancia. Estuve tentado de hacerlo, señor.

—Habría sido un rudo golpe para mí, no la tengo asegurada. Robert Wade aprecia mucho su Van Dyck, pero se consolará al recibir el importe de su valor.

—¿Quiere sentarse con nosotros? —invitó Lane con suma amabilidad.

—Se lo agradezco, es usted muy amable —replicó Cliff inclinando la cabeza—. Después trataré de hablar con usted.

—Cuando quiera estaré a su disposición.

Cliff se alejó. Merriman le observaba al alejarse.

—Ese muchacho conoce su profesión y es tenaz.

No me disgusta su aspecto.

Y miró sonriente a Lane. Este asintió.

—Sí, da la impresión de que es peligroso… para esos ladrones.

Cogió la botella y llenó las copas. Alzó la suya y brindó.

—Bebamos por la muchacha más bella que ha visitado mi «dancing».

—¿No se referirá a mí, Gerald? —protestó Bárbara.

—Sin ninguna duda. No puedo pedir la opinión de su tío, pues es parte interesada.

—No estoy de acuerdo, he visto mujeres maravillosas esta noche.

—Usted las supera a todas.

Bárbara fue a responder con viveza y se contuvo. Miraba a su tío sorprendida. En sus ojos se divisaba la indignación y un vivo temor. Esto ya no era nuevo para ella, y le causaba un terrible desasosiego.

Percy Merriman siempre fue un hombre afable y tranquilo, quizá excesivamente despreocupado. Se limitaba a ganar lo suficiente para vivir con cierta holgura, sin la menor ambición. De un tiempo a esta parte, su carácter cambió sensiblemente, y parecía haber perdido la tranquilidad.

No conocía el motivo de la preocupación de su tío Se trataba del ser más querido para ella, pues tan pronto salió del colegio la llevó a su lado, y le hizo las veces de padre.

Además, la reciente amistad con un individuo como Gerald Lane la desconcertaba. Percy Merriman siempre tuvo excelentes principios y estos no permitían el trato con individuos de la calaña de Lane.

Y últimamente le admitía como un amigo, llegando hasta a aceptar la invitación de acudir a su «dancing».

En los dos últimos días el desasosiego de su tío había aumentado.

Bebió champaña y permaneció silenciosa, sumida en sus pensamientos, y estos no eran precisamente risueños. Su tío, mejor dicho, la conducta de

este, fue la causa de su respuesta negativa a Cliff Cranis. Tenía miedo, un miedo inexplicable. Y en estas condiciones no podía aceptar la declaración amorosa de Cliff, pese a ser lo que con más anhelo esperaba.

Estaba enamorada del joven. Lo comprendió con absoluta claridad cuando le vio bailando con la atractiva pelirroja. Notó cómo los celos la torturaban; cuando bailó con él no se pudo contener y se lo echó en cara.

Su proceder fue absurdo. Primero se mostró casi agresiva, dominada por los celos. Después, rechazó su declaración, alegando no quererle. Su actitud fue tan contradictoria que se podía considerar ridícula.

Si Cliff la amaba, debió ser un duro golpe para él. Demostró poseer un gran espíritu, encajando la negativa con entereza.

Lane se inclinaba sobre ella.

—¿Bailamos, Bárbara?

—Sí, Gerald.

Y con un esfuerzo logró sonreír. Siempre le costó hacerlo cuando se dirigía a Gerald Lane, porque el aspecto de este le era desagradable. Pese a su indudable atractivo varonil, su elegancia en el vestir y la corrección de sus modales, le daba la impresión de ser un rufián. Todo en Gerald Lane resultaba afectado.

Apoyó la mano en el brazo de Lane y no tardaron en encontrarse en la pista. Lane respondía sonriente a algunos saludos. Enlazó a la muchacha y empezaron a bailar. Lane era sin duda un excelente bailarín, pero Bárbara no se encontraba a gusto con él, añoraba los minutos anteriores, cuando se encontraba entre los fuertes brazos de Cliff Cranis.

—No puedo evitarlo, pero me siento orgulloso de todo esto.

—Le comprendo, Gerald. Es una sala muy hermosa, una de las mejores de la ciudad.

—Conseguiré que sea la mejor, sin ninguna duda. En Los Ángeles no existirá nadie que pueda competir con Gerald Lane. Y todo esto lo he conseguido con mi propio esfuerzo. Cuando llegué a esta ciudad, tenía tan solo cinco dólares.

—Cuanto ha conseguido es muy loable.

—No tardaré en poseer una de las mejores mansiones de Los Ángeles, un yate formidable y cuanto se me antoje.

—Es usted muy ambicioso —respondió Bárbara, tratando de sonreír.

—Sí, lo soy. Siempre he ansiado tener lo mejor.

La muchacha se estremeció; acababa de tener la sospecha de que se vería sometida a otra declaración amorosa. Y esta no le parecería tan agradable como la anterior.

Su presentimiento no se cumplió, pues Lane le fue describiendo a los principales clientes de su sala. Entre ellos había conocidos políticos, artistas del cine y famosos deportistas.

Cuando terminó el baile la invitó.

—Me gustaría enseñarle mi despacho.

—En otra ocasión, Gerald. Mi tío está solo.

—No es así, Bárbara. Ahora se encuentra en compañía de unos conocidos. No advertirá nuestra ausencia.

Nada podía oponer a aceptar la invitación de Gerald Lane y asintió con un movimiento de cabeza. Los dedos de Lane aferraron el brazo de la muchacha, conduciéndola hacia su despacho.

Recorrieron un pasillo, al final del cual se divisaba una puerta. Lane la abrió y se echó a un lado.

—Haga el favor de entrar, Bárbara.

La joven no pudo menos de dejar escapar una exclamación de admiración. El despacho estaba suntuosamente amueblado, todos los objetos eran ostentosos.

—Me alegra que le haya gustado, Bárbara.

—Sí, todo esto es muy bello.

—No obstante, ha quedado oscurecido al entrar usted. El brillo de sus ojos ha bastado.

—Le agradezco el cumplido, Gerald. Pero es muy exagerado.

—Nada de eso. En cuanto la vi me deslumbró, usted también me pertenecerá.

—¿Qué está usted diciendo? —replicó la muchacha, sorprendida por las bruscas palabras de su interlocutor.

Gerald Lane sonreía ampliamente, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Su mirada estaba fija en el semblante de Bárbara.

—Será usted mi esposa, Bárbara. Todo esto le pertenecerá.

—Se lo agradezco, Gerald. Pero no puedo aceptar su proposición.

—¿Por qué no? Le estoy ofreciendo cuanto puede desear una mujer.

—Es excesivo para mí. No soy ambiciosa.

En los oscuros ojos de Lane se reflejó un profundo asombro, como creyendo no haber oído bien.

—¿Me rechaza usted?

—No le amo, Gerald. Tan solo es eso.

Gerald Lane soltó una carcajada. Sacó las manos de los bolsillos y se acercó a ella.

—Eso carece de importancia, ya me querrá.

—Creo que no me ha entendido.

—Sí, sí, la he entendido perfectamente. No existen obstáculos para Gerald Lane, cuanto deseo lo adquiero.

—Está usted muy seguro de sí mismo.

—Naturalmente, Bárbara. Serás mi esposa.

—Se está excediendo —respondió la muchacha, irguiéndose.

Y comparaba la actitud de aquel hombre con la de Cliff. La una fue digna, mientras la de Lane era insolente y orgullosa.

Las manos de Lane intentaron cogerla, pero ella lo evitó retrocediendo dos pasos hacia la puerta. Lane continuaba sonriendo.

—Voy a besarte, Bárbara. Tendrás una demostración de mi personalidad, no me desdeñarás.

—No se atreva a tocarme. Se lo diré a mí tío.

—¿Su tío? —Lane prorrumpió en una carcajada—. El respetable Percy Merriman accederá complacido a convertirse en mi tío.

Ahora la muchacha comprendió que no estaba equivocada en sus sospechas. Su tío temía algo y Gerald Lane era el causante.

No pudo evitarlo. Lane, con rápidos movimientos, cayó sobre ella y la rodeó con sus brazos, tratando de besarla. Bárbara forcejeó con fuerza, procurando librarse de la presión del miserable, sin lograr conseguirlo.

—¡Suélteme! —gritó.

—No seas arisca, chiquilla.

Bárbara volvió la cabeza, evitando que los labios de Lane se posaran sobre los suyos.

Un rugido brotó de la garganta de Lane, que inició nuevos esfuerzos para conseguir realizar sus innobles deseos.

La puerta se abrió de improviso, apareciendo en el umbral la apuesta figura de Cliff Cranis.

—Creo haber llegado a tiempo.

CAPÍTULO VI

—¡Salga de aquí! —ordenó Lane, furioso.

—Suelte a esa mujer, su conducta no es digna de un caballero.

Lane obedeció y la muchacha se apresuró a arreglar el desorden causado en su indumentaria. Se dirigía hacia Cliff, con el alivio reflejado en su rostro. Lane se le anticipó, deteniéndose ante el joven.

—Le he ordenado que salga de mi despacho, Cranis.

—Lo haré cuando se haya marchado la señorita Merriman.

—Eso no es de su incumbencia.

—Se equivoca, nunca me ha gustado contemplar una canallada —respondió el joven con las mandíbulas crispadas.

Ya no podía contener su indignación, su furor no le permitía contenerse, deseaba dar su merecido a aquel miserable.

La cara de Lane enrojeció. Lanzó su derecha, con la intención de derribar al intruso. Pero Cliff no perdía de vista sus movimientos y evitó el golpe con una ligera esquiva.

Lane perdió el equilibrio, pero lo recuperó con rapidez, dispuesto a realizar su propósito. Cliff ya no le dio oportunidad para ello. Su izquierda alcanzó el estómago del miserable, obligándole a inclinarse hacia adelante. Entonces le propinó un potente gancho, alcanzando a Lane en la barbilla.

El efecto del golpe fue terrible. Lane sintióse levantado por un impulso irresistible, sus brazos se movieron desesperadamente en el aire. Su espalda tropezó con la mesa y se deslizó hasta quedar tendido en el suelo.

Escupió sangre y trató de enderezarse, sin conseguirlo. Cliff le miraba tranquilo, sin mostrar el menor temor. Bárbara contemplaba con admiración la potente figura de su amado, todo en él denotaba decisión y audacia.

—Gracias, Cliff.

—No se preocupe. Salga de aquí.

Dos hombres irrumpieron en el despacho. Se detuvieron sorprendidos al ver a Gerald Lane tendido en el suelo. Una expresión siniestra apareció en sus rostros al mirar al joven.

Sus manos se dirigieron a sus sobacos, pero parecieron quedar paralizadas cuando una pistola apareció en la diestra de Cliff Cranis. El joven les encañonaba tranquilo.

La voz de Lane acababa de sonar con furia.

—¡Matadlo, muchachos!

—¡Quietos! —dijo Cliff con suavidad—. Estoy dispuesto a disparar, mi puntería es excelente.

Se volvió hacia el miserable. Lane estaba lívido.

—No me ha gustado su conducta, Lane. Le creía un miserable y ahora estoy convencido de ello. No vuelva a molestar a la señorita Merriman. Es un consejo.

—Esto lo pagará caro, Cranis.

—Nunca me han gustado las amenazas; puedo saltarle los dientes, no lo olvide. Sus hombres no representan un peligro para mí, son unos cobardes.

Los dientes de los pistoleros rechinaron de coraje al sentirse insultados. No obstante, no hicieron movimiento alguno para agredir a Cliff. Sus ojos estaban fijos en la amenazadora pistola.

—Salga de aquí, Bárbara.

La joven se apresuró a obedecerle.

Cliff, completamente tranquilo, continuaba encañonando a los dos pistoleros. De Lane apenas hacía caso, pues su aspecto indicaba que no se había recuperado del golpe recibido.

En silencio se retiró, saliendo del despacho y enfundando la pistola. Antes se cercioró de no existir peligro alguno en el pasillo.

Bárbara le esperaba. Cliff le dirigió una mirada de censura.

—Ya debería, encontrarse al lado de su tío.

—No me riñas, Cliff —suplicó la muchacha, cogiéndose a su brazo—. Te estoy muy agradecida por haber acudido en mi ayuda.

—Ha sido la casualidad. Ella me llevó al despacho de Lane, pues deseaba hablarle. No pude evitar escuchar su grito.

Ya se encontraban en la sala, y se detuvieron en un rincón. Bárbara se empinó sobre las puntas de los pies y le besó en la mejilla. Después se alejó precipitadamente.

—¡Maldición, no debería haber hecho eso! —exclamó Cliff, airado.

Percy Merriman quedó sorprendido al ver a su sobrina. El aspecto de esta indicaba su nerviosidad.

—¿Qué te ha ocurrido, Bárbara?

—Un desagradable incidente con Gerald Lane... Debemos irnos.

—¿Se ha atrevido a poner la mano sobre ti ese bastardo?

—Sí.

Merriman tenía el rostro enrojecido, pero su ira parecía haberse desvanecido, dando paso al temor. Ahora este se reflejaba con claridad en sus ojos y en el temblor de sus manos.

Ya no pronunció una sola palabra. Salió del *dancing* con su sobrina. Cliff lo observó desde el mostrador, y cuando les vio fuera del local exhaló un suspiro de alivio.

Ya no deseaba hacer ninguna pregunta a Lane, pues conocía

sobradamente la contestación. Aquel individuo era un ser desaprensivo. El dueño de un *dancing* podía contar con guardaespaldas, pero no ordenarles la muerte de un hombre.

Naturalmente, el impulso de Lane al ordenar su muerte quedaba justificado por el terrible puñetazo recibido y ver fracasado su intento de besar a la muchacha.

Pero se trataba de la forma como dio la orden y la expresión de los dos pistoleros. Aquellos hombres no vacilarían en matar, como si estuviesen ya acostumbrados a ello.

Ante él se encontraba Virginia. La bella pelirroja sonreía.

—Comprendo tu negativa, Cliff. Esa chica es muy linda.

—¿Á quién te refieres, Virginia? —preguntó el joven, fingiendo no comprender las palabras de su bella interlocutora.

—Sí, no finjas no entenderme. Te he visto bailar con ella y cómo te ha besado. Eres muy afortunado, las mujeres se enamoran de ti.

—Estás equivocada.

—No digas tonterías, Cliff. Yo ya estaba enamorada. Pero, ¿por qué voy a quererte si no me vas a corresponder? Sería una tontería, ¿no crees?

—Tienes razón, tu conducta es muy sensata —asintió Cliff, sin poder reprimir una sonrisa.

—Siempre acostumbro a serlo, aunque creas lo contrario. Me enamoré de ti porque te creí digno de ello.

—Pero esa joven no está enamorada de mí, en eso te has equivocado de forma lamentable.

—No me equivoco casi nunca, y en esta ocasión tengo la completa seguridad. Esa joven te quiere, se adivinaba cuando bailaba contigo, y después al besarte.

—¿De veras?

El tono de Cliff indicaba una ardiente ansiedad. Sus dedos apretaban la muñeca de Virginia. Esta hizo un gesto de dolor.

—Me estás haciendo daño, Cliff.

—Perdona, no me he dado cuenta.

La bella pelirroja exhaló un suspiro.

—¡Cuánto la quieres, Cliff!

—Sí, no puedo negarlo, Virginia. Eres un ángel.

Y salió del local.

Estaba rebosante de alegría. Ahora tenía la seguridad de que era correspondido por Bárbara. La joven ya le quería cuando rechazó su declaración. Bárbara, al parecer, poseía un motivo para no aceptarle.

¿Estaría este ligado al temor advertido en los ojos de su tío? Escuchó las últimas palabras cruzadas entre Bárbara y Lane. Este se mofó de la respetabilidad de Percy Merriman, tenía la seguridad de no contar con una negativa de este, en su pretensión de casarse con la joven.

La sola idea de ver a Bárbara casada con un individuo como Gerald Lane, le crispaba los nervios.

Ahora tenía la seguridad de que era una muchacha honesta. Se negó a acceder a las solicitudes de Lane con entereza, y en forma alguna se doblegó ante su amenaza.

Bárbara era una muchacha valiente, pues aparte el grito lanzado cuando Lane la sujetó entre sus brazos, no realizó ningún aspaviento.

Se dirigió hacia su apartamento. Se calentó café y llenó una copa de coñac. Fumó tranquilamente, tratando de resolver aquel problema. No tenía indicios para creer que Gerald Lane estuviese mezclado en el robo del cuadro y la muerte de Paul Gooding.

Pero existía su instinto y este señalaba al dueño del *dancing*.

Se acostó y durante unos minutos quedó sumido en la lectura de una novela. El sueño no tardó en obligarle a apagar la luz, quedándose dormido en el acto.

Al día siguiente, tan pronto salió a la calle, su mirada quedó fija en dos individuos. Estaban apoyados en la pared y le miraban con desfachatez.

No tuvo duda alguna; aquellos individuos pertenecían a la cuadrilla de Lane. Probablemente este deseaba darle su merecido.

Lane probablemente habría perdido el control de sus nervios y deseaba tan solo vengarse de la afrenta recibida.

Uno de aquellos hombres se separó de la pared, tratando de dejarle entre él y su compañero. Cliff sonrió al observar la maniobra, y le fue muy fácil desbaratarla. Con volverse y echar a andar a buen paso hacia ellos lo consiguió.

Sonrió y dijo:

—¿Me están esperando?

—Sí, Cranis. Debe venir con nosotros.

—¿Y si me niego?

—No le será posible conseguirlo, amigo. Sería muy perjudicial para usted.

—Ahora lo veremos.

Se dispuso a volverse, pues los dos hombres no se habían movido, como si estuviesen convencidos de sus posibilidades. Entonces le asaltó una sospecha, y se censuró por haber sido tan confiado.

No tuvo tiempo de reaccionar, pues notó cómo un objeto duro se incrustaba en sus costillas. Una voz amenazadora masculló junto a su oído:

—No haga ninguna tontería, Cranis… Me vería obligado a apretar el gatillo.

Quedó rígido, comprendiendo la imposibilidad de actuar. No le sería posible; en cuanto hiciese el menor movimiento un proyectil atravesaría su cuerpo, produciéndole la muerte. Aquel hombre estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, procurando recobrar la serenidad.

En forma alguna deseaba demostrar estar poseído por el temor, sería contraproducente. Aquellos miserables todavía tendrían más seguridad en sí mismos.

—Me gusta verle razonable. Debe limitarse a subir a aquel coche, y nada de intentar escapar.

—De acuerdo.

Y se dirigió al coche indicado por el individuo que estaba tras él. Los dos llegaron al coche. Cliff, al notar más acentuada la presión de la pistola, abrió la portezuela y entró, dejándose caer en el asiento.

Entonces fue cuando vio la cara de su aprehensor. Lo reconoció al instante. Se trataba de uno de los dos individuos a quienes amenazó la noche anterior.

—Otra vez volvemos a vernos.

—Sí, pero ahora las circunstancias son muy distintas. Se encuentra en mí poder. De buen grado dispararía, puede creerme.

—Pero lo impide la orden de su jefe. ¿No es cierto?

—Sí. Lane desea tener una entrevista amistosa con usted.

Los dos pistoleros ya estaban al lado del coche. Uno de ellos se echó a reír.

—No ha sido muy difícil coger a este pájaro, Benson.

—Hemos actuado con habilidad, pero no debes confiarte. Es peligroso, aunque ahora le arrebataré las garras.

Y con rápido movimiento arrebató la pistola del joven, después le registró con habilidad, asegurándose de que no llevaba encima más armas.

Dejó escapar una carcajada.

—Ahora ya está mejor; puedes arrancar, Jimmy.

El llamado Jimmy ya se encontraba en el volante, esperando a que su compañero se acomodase a su lado. Entonces emprendió la marcha, no tardando en detenerse ante el local de Gerald Lane, aunque no en su fachada principal, sino en la parte trasera, situada en una estrecha callejuela.

—Baje, amigo —ordenó Benson—. No cometa ninguna imprudencia, le sigo encañonando.

—Si no la cometí antes, no lo haré ahora. Mi situación es más peligrosa en este callejón.

—Es usted un tipo razonable —afirmó Benson sonriendo—. Comprende a la perfección cuándo su vida se halla en peligro. Me hubiese gustado verle escapar; de un tiro le hubiese destrozado la cabeza.

—Eso lo he advertido en su mirada. No me gustaba complacerle.

Jimmy le miraba con fijeza. Se encontraba erguido, con la diestra metida en el bolsillo de la chaqueta, en significativo ademán. Cliff sonrió afable y descendió del coche, siguiéndole Benson.

Era cierto, no podía intentar escapar. Lane había tomado bien sus precauciones, sus hombres demostraron conocer el oficio. Se dejó engañar al creer que solo tenía delante a dos pistoleros, esto dio ocasión a Benson de sorprenderle.

El error ya estaba cometido. Ahora debía procurar encontrar el medio de salir de aquel atolladero, y no lo creía empresa fácil.

Tan pronto cruzó la estrecha puerta, se encontró en un amplio almacén. Vio grandes pilas de cajas, todas ellas debían estar llenas de botellas. Volvió la cabeza, mirando a Benson.

—¿Hacia dónde me dirijo?

—Siempre adelante, ya le avisaré.

El siniestro individuo empuñaba la pistola y se sonreía interiormente complacido. El joven se encogió de hombros, obedeciendo la orden recibida. No le quedaba otro recurso. Probablemente Gerald Lane solo desearía desquitarse del golpe recibido, no le creía capaz de asesinarle.

Se resignó a recibir algunos golpes, a su vez ya llegaría el momento de su desquite definitivo. Gerald Lane lamentaría haberle puesto las manos encima.

—Abra esa puerta, Cranis. El jefe ya le está esperando.

Sus dedos asieron el pomo y lo hizo girar. La puerta se abrió, viendo a Gerald Lane sentado tras una mesa. No se trataba de su lujoso despacho, sino de una destartalada estancia.

Gerald Lane sonreía de forma siniestra.

CAPÍTULO VII

—Me alegro de volver a verle, Cranis. Tenía la seguridad de que no tardaría mucho en conseguirlo.

Cliff, sin pestañear, avanzó hasta detenerse junto a la mesa. Su mirada estaba fija en el miserable.

—Ha actuado con mucha habilidad, aunque tengo la seguridad de que ha cometido un error.

—¿Usted cree?

—¿No me ha oído? He dicho que tenía la seguridad.

Los dedos de Lane se crisparon sobre la mesa al oír la firme contestación. Su ceño estaba fruncido, divisándose el odio y el rencor en sus ojos. Se serenó e incluso llegó a sonreír.

—Está usted equivocado, siempre acostumbro a meditar cuanto hago, de esta forma consigo no lamentarlo.

—Se halla muy convencido de su poder. Otro error de su parte. La policía puede detenerle y llevarle a la silla eléctrica. Desde luego, se halla predestinado a tener este fin.

—¡Basta! —ordenó Gerald Lane, con el semblante lívido y golpeando con furia sobre la mesa—. Habla demasiado y no me gusta oírle, menos diciendo tantos disparates.

El joven permaneció impasible.

Lane se serenó e incluso llegó a sonreír.

—¿Por qué va a detenerme la policía?

—Cuando descubra mi cadáver. No tardará en descubrirlo, mi jefe se halla enterado de cuanto me ha ocurrido. No podrá escapar, Lane.

—No sea iluso, Cranis. Nadie va a matarle, es usted demasiado imaginativo. Tan solo le he hecho venir para saber cuáles son sus preguntas. Anoche dijo que deseaba hablar conmigo y me he limitado a anticiparme.

—¿Y para ello ha empleado este procedimiento tan eficaz?

Y señaló las pistolas empuñadas por Benson y Jimmy.

—Sí, me gusta asegurarme de mis cosas. Empiece a preguntar.

—¿Me permite sentarme? —preguntó Cliff, señalando una silla.

El rostro de Gerald Lane volvió a ensombrecerse. Sus pupilas relampaguearon de furor.

—Puede hacerlo. No hay necesidad de que continúe en pie.

—Gracias, es usted muy amable.

E introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta. Benson se le acercó amenazador, el cañón de su pistola estaba dirigido a la cabeza del joven.

—Cuidado con lo que hace —masculló.

Cliff le miró con frialdad.

—Me disponía a fumar. ¿Puedo hacerlo, Lane?

—Puede fumar —asintió el dueño del *dancing* con mordacidad—. Tan solo deseo que se encuentre cómodo.

La mano no le temblaba a Cliff cuando colocó un cigarrillo en sus labios y lo encendió. Lane lo advirtió y sintióse defraudado. Él hubiese deseado ver temblar a su enemigo. Y resultaba todo lo contrario; Cliff Cranis permanecía tranquilo, dando la impresión de que había ido allí por su propia voluntad.

Aspiró profundamente y después soltó una bocanada. Contempló las caprichosas espirales formadas por el humo, al otro lado se encontraba el anguloso rostro de Lane.

—Hable de una vez.

—Deseaba preguntarle si tiene usted amistad con Robert Wade.

—Naturalmente, de lo contrario no me hubiese invitado a su casa.

—He querido decir si esa amistad es reciente o data de hace años.

—Reciente, Cranis —respondió Lane, sonriendo con ironía—. Hará medio año, se trata de uno de mis mejores clientes. Hasta hace poco no poseía el dinero suficiente para ser el invitado de un millonario. Y lo he ganado con mi esfuerzo.

—Siempre he admirado a los hombres que se elevan a la cumbre por su esfuerzo. Ahora ha conseguido muy buenas relaciones.

—Así es. Soy un personaje en Los Ángeles. No debió pegarme anoche.

—Su comportamiento no fue correcto, debe reconocerlo —respondió Cliff con suavidad.

Esta contestación exasperó a Lane. Se levantó impulsivo, rodeó la mesa y se encontró frente a Cliff. Con un rápido movimiento le abofeteó.

El joven no pareció inmutarse, mirándole con fijeza.

—Cada vez me decepciona más, Lane. A un hombre indefenso no se le pega.

—Esto solo es el principio, Cranis. No le he hecho venir para escuchar sus insolentes preguntas.

—Hace unos momentos dijo lo contrario.

—Es cierto, lo había olvidado. Solo me ha hecho una pregunta, puede formular las otras.

—Solo eran dos —respondió Cliff con calma.

—Haga la otra, estoy dispuesto a contestarla.

La mirada de Cliff estaba fija en el rostro del otro; habló con calma:

—¿Fue alguno de sus hombres quien mató a Paul Gooding?

Vio cómo la cara de Lane enrojecía, sus labios temblaban. Pero el joven se fijaba en la expresión de los ojos del forajido. En estos observó el temor y la furia, y quedó convencido de haber dado en el clavo.

—No le consiento esas conclusiones. Soy ajeno al robo de ese cuadro y al crimen cometido. No quiera achacármelo a mí. Tiene usted una lengua de víbora y se la arrancaré.

—Con haberme respondido negativamente era ya suficiente, Lane. No me explicó por qué se ha enfurecido tanto.

—Siempre me han disgustado los espías, y más tenerlos en mi propia casa.

—Usted me ha obligado a venir.

De nuevo Lane le abofeteó. Cliff volvió la cabeza, aminorando los efectos del golpe recibido. La primera vez soportó la bofetada, ahora ya no le fue posible contenerse. Una oleada de furor le invadió, ante la vil e insolente conducta de aquel rufián.

Sus pies se apoyaron con rapidez en el estómago de Lane y con vigoroso impulso lo arrojó contra la pared. Lane chocó violentamente y rugió:

—¡No debe escapar, antes quiero verlo muerto!

Pero Cliff ya no se detuvo, hasta entonces estuvo dispuesto a dejarse pegar y esperar el desquite. Se arrojó sobre Benson, propinándole un preciso derechazo en el mentón. El pistolero cayó hacia atrás mientras disparaba.

El balazo se estrelló en el techo, pues al recibir el golpe la mano del pistolero se elevó. No cayó al suelo solo, pues Cliff, con veloz movimiento, se aferró a él. Su puño se incrustó en el estómago de Benson y este quedó completamente dominado por el dolor.

Jimmy le encañonaba, buscando un resquicio por dónde disparar contra él. Cliff, con un poderoso esfuerzo, logró incorporarse, sosteniendo entre sus brazos a Benson. Su diestra sostenía la pistola de su adversario; le había sido fácil arrebatársela.

—Quieto, Jimmy. Ahora yo también puedo disparar. Y tengo un parapeto muy eficaz.

Los dos pistoleros permanecían inmóviles, sin saber cómo reaccionar. Si Jimmy disparaba, lo más probable era que acertara en el cuerpo de su compañero, y el inspector de seguros no vacilaría en responderle, y quizá no errase sus disparos.

Gerald Lane se levantó. Estaba enfurecido por haberse dejado sorprender por la rápida réplica del joven. Gritó la orden:

—¡Disparad contra él, no debe escaparse!

—¿No me ha oído, Lane? Estoy dispuesto a disparar, mi primer balazo será para usted.

Ahora Benson se mantenía por sus propios pies, pero el joven lo tenía

inmovilizado por un brazo, habiéndoselo doblado detrás de la espalda. De esta forma le dominaba sin la menor dificultad y le quedaba en libertad su mano derecha. Con ella armada apuntaba a sus enemigos.

Retrocedió de espaldas, sin dejar de encañonar a los pistoleros. De Lane apenas se ocupaba, pues no iba armado. Esto lo pudo comprobar al no verle empuñar un arma. Solo debía preocuparse momentáneamente de Jimmy y su compañero.

Ahora ya confiaba en sí mismo. No se encontraba indefenso ante aquellos asesinos. Ya se encontraba cerca de la puerta, un rápido salto y se encontraría en el almacén, pudiendo dirigirse hacia la puerta de la calle.

Sintió un ligero ruido tras de él, al mismo tiempo que vio brillar de alegría los ojos de Lane. Comprendió de qué se trataba el peligro que se cernía sobre él.

Se volvió a tiempo. Un individuo corpulento se arrojaba sobre él, sosteniendo en alto un cuchillo, dispuesto a clavárselo. Apretó el gatillo sin la menor vacilación.

El forajido rodó por el suelo tras lanzar un terrible alarido. Todo transcurrió con alucinante rapidez. La reacción de Cliff fue tan fulgurante, que los pistoleros se quedaron inmóviles por el estupor. Cuando reaccionaron, dispararon. Tampoco Cliff se dejó sorprender por el nuevo ataque.

Empujó a Benson hacia adelante, mientras él se arrojaba al suelo. Benson recibió un balazo en el pecho, abrió los brazos y avanzó hacia sus compañeros tambaleándose. En sus ojos se reflejaba un intenso dolor, notando cómo la vida se escapaba de su cuerpo. Jimmy ya lo tenía a un metro escaso de él, gritando exaltado:

—¡Detente, Benson!

—¡Canalla… me has… matado!

Y extendió las manos, como si intentase oprimir el cuello de su compañero. Este, asustado, ya no vaciló en disparar, haciéndolo dos veces. Benson se estremeció al recibir los dos impactos. Empinóse sobre las puntas de los pies, y después se desplomó como una masa informe.

Cliff ya se encontraba junto a la puerta y disparó. El proyectil rozó la cabeza de Jimmy.

—Si vuelvo a disparar, le mataré. ¡Tire el revólver! ¡Usted también!

Los dos rufianes obedecieron, mientras Lane, intensamente pálido, amenazaba:

—¡Le mataré, Cranis, le mataré!

—Cállese o seré yo quien le quite de en medio. Aunque quisiera dejar ese placer al sargento Quarles…

—Yo no he participado en ese asunto. Está equivocado.

—Eso ya se comprobará.

Y salió de la estancia, cerrando la puerta tras sí. Los pistoleros le

perseguirían, aunque sin atacarle abiertamente, por temor a recibir un balazo. Les acababa de demostrar que era muy peligroso; aquellos forajidos apreciaban sus vidas.

Echó a correr por entre un callejón formado por los cajones. De pronto se detuvo; había escuchado un sospechoso ruido. Y procedió a actuar con su característica rapidez. Se arrojó sobre unos cajones y estos se derrumbaron. Sonó un grito de espanto y dolor.

No se equivocó, los cajones habían caído sobre un individuo al acecho. Este se mantenía atento a su paso, para arrojarse sobre él. Le traicionó un falso movimiento y esto fue su perdición. Se volvió y disparó hacia la puerta de la estancia en donde se había entablado la terrible lucha. Lo hizo a tiempo, pues esta empezaba a abrirse y quedó inmóvil.

Ya no esperó más y llegó hasta la puerta de la calle, abriéndola sin la menor dificultad. Los disparos no debían haber sido oídos en el exterior, pues la calle aparecía desierta.

Guardó la pistola y se apresuró a salir a la calle próxima, más transitada. Entonces fue cuando se sintió tranquilo, convencido de que no sería atacado por sus enemigos. Detuvo un taxi y se hizo conducir al apartamento de Percy Merriman.

Antes mandó detener al taxi delante de una cabina telefónica y conversó con su jefe.

Reclinado en el asiento encendió un cigarrillo, meditando sobre la situación. Ya empezaba a ver claro, y confiaba salir airoso de aquel embrollado caso.

Pagó al taxista y saltó a la acera, no tardando en llamar a la puerta. Se abrió esta y apareció la esbelta figura de Bárbara.

—Cliff, ¿otra vez usted?

—Sí, querida. Aunque no he venido a verte.

—¿Deseas hablar con mi tío?

—Sí.

—Le avisaré.

Le condujo a la salita, indicándole una butaca. Se disponía a salir, pero él lo impidió cogiéndola con suavidad por la cintura.

—Te sigo queriendo, Bárbara.

Notó cómo temblaba y la atrajo hacia sí. Pero el juvenil cuerpo se enderezó.

—Suélteme, Cliff. Ya oyó mi contestación anoche.

—No fue sincera. ¿Por qué tratas de negar que me correspondes?

—Eres un presuntuoso.

El joven no respondió, se inclinó y la besó apasionadamente. Bárbara intentó oponerse, pero no le fue posible, los brazos masculinos la dominaban. El contacto de los labios varoniles la vencieron y sus ojos se cerraron. Sus brazos rodearon el cuello de Cliff, apretando sin darse

cuenta.

—¿Qué significa esto?

Cliff soltó a la muchacha, mirando a Percy Merriman. Este aparecía en el umbral de la puerta. Su actitud indicaba su asombro e indignación.

Se encontraba en una embarazosa situación. Miró a la muchacha, tenía las mejillas enrojecidas, pero no denotaba temor alguno. Cuando habló, su voz sonó firme.

—Tío, Cliff se estaba declarando.

Merriman parpadeó sorprendido.

—No había visto una declaración tan vehemente. No me explico cómo la has consentido, no es digno de ti. Una señorita debe hacerse respetar.

El tono del experto de arte no indicaba enojo, pese a sus palabras. Bárbara contestó:

—Trataba de indicar a Cliff que no le correspondo.

—Pues tu forma de hacerlo no me ha gustado —contestó Merriman, sorprendido—. Cranis, le agradecería que se marchase.

—Lo haré, pero he venido a hablar con usted.

—¿Conmigo? Tiene otra duda y desea que se la resuelva.

—Exacto.

—Bien, estoy a su disposición.

Bárbara salió de la salita. Merriman indicó al joven que se sentase, haciéndolo él enfrente. Cliff le observaba, notando en sus ojos el temor y la desconfianza.

—Le escucho, Cranis.

—Voy a hablarle con franqueza, y le agradecería que me respondiese de la misma forma. La sinceridad le resultará beneficiosa, no lo dude.

Merriman se enderezó en su asiento.

—No me gusta su forma de hablar, joven. Cualquiera diría que estoy ocultando algo.

—¿Y no es así?

Cliff vio cómo la cara de su interlocutor enrojecía aún más.

—No, jamás he ocultado nada, mi vida siempre ha sido honorable, numerosas personas le responderán. Salga de mi casa cuanto antes.

—Le aprecio, Merriman. No solo porque es tío de Bárbara, sino por su carácter y su forma de conducirse. No puedo creerle un malhechor.

—Y no lo soy. No puede lanzarme esa acusación.

—Usted se encuentra en peligro. Se halla mezclado en un asunto desagradable y no sabe cómo salir de él.

—Eso es una alucinación suya, joven. No me explico cómo ha podido llegar a esa conclusión.

—Soy inspector de seguros. Me he visto ante numerosos casos y conozco muy bien a los delincuentes. En sus ojos he divisado el temor, como si algo terrible le amenazase.

—¡Bah, estúpidas deducciones! —exclamó Merriman, exasperado.

—No, no lo son. También resulta sospechosa su amistad con un individuo de la calaña de Gerald Lane.

—Gerald Lane tiene dinero y adquiere objetos de arte, le sirvo de consejero.

—No lo dudo. ¿En forma legal?

—¿Qué quiere decir?

—Si Gerald Lane no es el autor de esos robos. Durante los últimos meses Los Ángeles ha sido escenario de esos forajidos. Hasta ahora se limitaban a robar, pero en cuanto han surgido las primeras dificultades no han vacilado en matar. Esto le habrá sorprendido, ¿verdad, Merriman?

—No le permito que lance sus sospechas sobre mí. Siempre he sido honrado.

—¿Siempre?

Percy Merriman parpadeó sorprendido. Sus ojos estaban fijos en el joven, y reflejaban inmenso estupor.

—No le entiendo, Cranis. ¿Cómo se atreve a decir esas palabras?

—Es muy sencillo; porque he realizado indagaciones. En su juventud realizó una estafa y permaneció dos años en una penitenciaria.

Merriman hundió la cabeza entre sus manos, toda su entereza habíase derrumbado. Cliff le contempló con lástima.

—¿Por qué ha accedido a secundar los planes de esos malhechores?

—Me obligaron bajo la amenaza de descubrir mi pasado.

—Lo comprendo; una de las bases de su profesión estriba en poseer una honradez acrisolada.

—Eso tampoco me hubiese importado. Tan solo deseaba que Bárbara no se enterase de la fechoría que cometí hace tantos años. Ella es cuanto poseo en este mundo, no quiero que se avergüence de su tío.

—Pero su pecado ya está saldado, fue pagado con dos años de su vida. Después no ha cometido una mala acción.

—No quiere entenderme. Bárbara siempre ha creído en mí, su fe en cuanto le rodea se derrumbaría si se enterase que soy indigno de ella.

—Ella le habría perdonado. La situación ha empeorado para usted, y ahora es cuando se sentirá avergonzada. No puede continuar con esos bandidos. Hasta el último golpe se limitaron a robar, pero habrá podido comprobar que no han vacilado en asesinar.

—Sí, ya les he dicho mi firme decisión de no continuar.

—¿Qué le han respondido?

—Debo continuar con ellos.

—¿Su decisión sigue firme?

—Sí.

—Mal asunto. Probablemente atentarán contra usted, constituyendo un peligro para ellos.

—Les he dado mi palabra de no denunciarles. Tampoco me interesa hacerlo, pues sería detenido.

—No estarán conformes. La única solución es que ayude a su detención, la ley se mostrará benigna con usted.

Merriman levantó la cabeza con altivez.

—Eso no lo haré jamás, si no atentan contra mi vida. Sería cometer una traición.

—No lo crea. Su deber es informar a la policía, el asesinato de Paul Gooding no debe quedar impune. Usted se comprometió a ellos bajo sus amenazas, para robar, no para asesinar. Ellos no han cumplido lo acordado, usted se halla en completa libertad de actuar conforme le dicte su conciencia.

—No, no denunciaré a esos hombres —se obstinó Merriman.

—Intentarán matarle, se lo advierto.

—No lo harán. No les conviene. Mi sobrina y yo nos iremos a Nueva York, Chicago o Boston, a una ciudad muy lejana de aquí. Se olvidarán de nosotros.

Cliff le observaba con fijeza, como si intentase adivinar sus pensamientos. Aquel hombre estaba atemorizado, aunque creía tener algo que mantendría a raya a los forajidos. ¿Qué sería?

Sentía una gran curiosidad por saberlo, aunque sería inútil preguntárselo. Percy Merriman no le respondería a la verdad. En sus ojos divisó la firme determinación de llevar adelante su plan.

—No esté muy seguro, esos hombres son capaces de realizar las mayores felonías. Anoche Gerald Lane intentó abusar de Bárbara.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Merriman sin poder contener un estremecimiento.

—Fui yo quien libró a su sobrina de las garras de ese malvado.

—Se lo agradezco, Cliff.

—Ayúdeme, Merriman. Se trata de la mejor solución. Si se obstina en lo contrario, las consecuencias serán más desagradables para usted. Estoy sobre la pista de esos malhechores y los descubriré. Es muy difícil burlar la Ley.

—No puedo acceder a su petición, muchacho. Créame, me gustaría hacerlo, pero no me es posible.

—Como usted quiera, Merriman —dijo el joven tras dejar escapar un suspiro de pesar—. He hecho cuanto ha estado a mí alcance para ayudarle. Lo he hecho por usted; Bárbara no entra en este asunto.

—Solo quiero pedirle un favor.

—Puede hacerlo.

—Si me ocurriera algo, proteja a mí sobrina.

—Se lo prometo; amo a Bárbara.

—Estoy convencido de que ella le corresponde. Me duele que no me lo

haya dicho. Nunca había tenido secretos para mí.

—No había estado enamorada —respondió Cliff, sonriendo—. Suponiendo sea cierto que me corresponda. Las mujeres son muy extrañas en sus reacciones.

Los dos hombres se miraron, ambos habíanse puesto en pie.

—¿Continúa usted con la misma decisión?

—Sí, le estoy muy agradecido.

Y Merriman le ofreció la maño. En su actitud había un evidente temor, como si temiese ver rechazada su acción. Pero el joven se la estrechó con fuerza.

—A su pesar, intentaré continuar protegiéndole.

Bárbara acompañó a Cliff en silencio hasta la puerta. El joven musitó:

—Continúo queriéndote, Bárbara.

—Es inútil, no te correspondo.

—¿De veras?

E intentó cogerle la barbilla. Ella lo evitó echando hacia atrás la cabeza y abriendo la puerta.

—Adiós, Cliff.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Quizá antes de lo que imagines —fue la sorprendente contestación.

Cliff fue a responder, pero la puerta habíase cerrado. Se pasó la mano por el cuello y descendió los peldaños pensativo.

CAPÍTULO VIII

Cliff fumaba con los ojos fijos en un elegante automóvil. Ya llevaba mucho tiempo pendiente de él. Su propietario había entrado en un lujoso establecimiento.

Ya llevaba diez minutos en aquella posición y deseaba verle salir. Se encontraba en una excelente situación estratégica, que le permitía observar a su perseguido sin ser descubierto. Esto no le interesaba. De ocurrir, la paciente labor de dos horas quedaría destruida.

Y lo peor, su enemigo se daría cuenta de su vigilancia.

Se enderezó ligeramente. Gerald Lane acababa de salir del lujoso establecimiento; le acompañaba una mujer de sugestiva presencia. La reconoció en el acto; era Diana Weimer.

Sonrió satisfecho. El enigma empezaba a aclararse, quizá pronto se encontraría en condiciones de conversar con el capitán Hart, y este se apresuraría a dar órdenes al sargento Quarles. Quarles lanzaría algunos juramentos, mientras le miraba con admiración, y procedería a efectuar los preparativos para detener a los malhechores.

Contaba con un testigo excelente; Percy Merriman.

El tío de Bárbara sería detenido, esto no podría evitarlo, aunque el abogado de la Compañía le defendería, y demostraría lo forzado de su intervención, procurando obtener la pena mínima para sus culpas.

Lane, sonriendo, abrió la portezuela y ayudó a entrar a Diana, sus labios rozaron la mejilla de la atractiva mujer y musitó algunas palabras. El joven observó cómo ella sonreía, mientras Lane se colocaba frente al volante y emprendía la marcha.

Les siguió a prudente distancia, pues Gerald Lane era hábil y podría advertir la persecución.

El automóvil se detuvo ante un lujoso edificio y Diana Weimer descendió, entrando en la casa. De nuevo arrancó Lane, dirigiéndose directamente a su «dancing». Una vez convencido de esto, Cliff desistió de la persecución.

No tardó en detenerse ante el restaurante donde acostumbraba comer. Pidió una ficha telefónica y conversó con Armfield. Colgó y se dirigió a la mesa que acostumbraba a ocupar. No pudo menos de hacer un gesto de contrariedad, pues el camarero acostumbraba a reservársela hasta cierta hora. Una joven la ocupaba.

Iba a dirigirse hacia otra más distante, cuando su boca se abrió en un gesto producido por el asombro. La persona que ocupaba su mesa era Bárbara.

Se aproximó con lentitud, saludó con un movimiento de cabeza y se sentó frente a ella. Bárbara le miraba sonriente.

—¿Sorprendido, Cliff?

—Sí, no puedo negarlo.

—Ya te lo advertí, me verías antes de que pudieras imaginario.

—No creí en tus palabras. Sin embargo, ha sido una sorpresa muy agradable.

A pesar de la sonrisa de la joven, un velo de tristeza empañaba sus hermosos ojos. Cliff tamborileó con suavidad sobre la mesa, se volvió hacia el camarero y le ordenó:

—Dos aperitivos.

De nuevo miraba a Bárbara.

—¿Cómo has logrado enterarte de que acostumbro a cenar en este restaurante?

—Es muy sencillo, se lo he preguntado al señor Armfield.

—Y ese maldito charlatán te lo ha dicho, ¿verdad?

—Naturalmente. Le he dicho que se trataba de algo muy importante.

—No se puede confiar en nadie. Aborrezco a Virgil Armfield.

—Pues parece apreciarte mucho. Cuando se enteró de mi nombre se apresuró a hablarme muy bien de ti. Te cubrió de elogios y aseguró que tienes magníficas cualidades.

—Es un chismoso.

—Entonces... ¿nada de cuanto me ha dicho es cierto?

—Algunas cosas, sí —se apresuró a responder Cliff—. Armfield es un endemoniado casamentero, sospecha que estoy enamorado de ti y te ha largado un estupendo rollo sobre mis cualidades. No debes creerle en todo, después te podrías llevar un desengaño.

—No lo creo, Cliff.

—¿Qué has dicho, Bárbara?

—Serás un buen esposo cuando encuentres una mujer digna de ti.

—Ya la he encontrado, esa mujer eres tú.

—No, debes encontrar otra mejor.

—¿Mejor que tú? Es imposible.

Cliff se calló, el camarero les servía los aperitivos. Le miraba de forma significativa, como aprobando su elección.

—¿Te quedas a comer conmigo, Bárbara?

—Te lo agradeceré. He mentido a mí tío, diciéndole que comeré con una amiga.

—Una mentira a medias. La señorita elegirá el menú, Raymond.

El camarero se apresuró a ofrecérselo. La joven lo eligió con rapidez.

De nuevo se quedaron solos.

—¿Cuál es el motivo que te ha inducido a venir a verme? —preguntó Cliff con repentina brusquedad.

Bárbara se mordió los labios.

—No me gusta tu tono, Cliff. Tengo mucho miedo.

—Perdona, siempre lo adopto cuando trato de asuntos profesionales. ¿Temes a Gerald Lane?

—Sí.

—¿Cuál es la causa?

—Mi tío. Hace meses que mi tío se conduce de un modo muy raro, temeroso, como si un inminente peligro le amenazase.

—Ese peligro existe, no estás equivocada.

—¿Qué le ocurre a mí tío?

—No puedo decírtelo, Bárbara. Ese secreto no me pertenece.

—Pero yo podría ayudarle con mayor eficacia. Me duele verle sufrir, es mi único familiar y le quiero mucho. Se ha portado como si fuese mi padre.

Cliff golpeó con ternura la mano de la muchacha.

—Solo te puedo prometer una cosa, cariño. Haré cuanto esté a mí alcance para protegerle.

—Gracias, Cliff. Eres muy bueno.

—No lo hago porque sea tu tío, sino porque le creo merecedor de ayuda.

—Tenía la seguridad de que tío Percy no podía ser malo, a pesar de aceptar la amistad de un hombre tan desaprensivo como Gerald Lane.

—No me es posible decirte nada más. Debes comprenderlo, es él quien debe confiar en ti.

Bárbara hizo un gesto de contrariedad, pero no se atrevió a insistir, comprendiendo la razón de las palabras del joven. Raymond ya les servía y mientras comieron hablaron de otras cosas. A pesar de sus esfuerzos no logró alegrar a la muchacha.

Cuando terminaron de comer, Cliff pagó y salieron a la calle. El joven señaló su coche.

—Te acompañaré a tu casa.

—Ya te has molestado bastante.

—Al contrario tú nunca puedes molestarme. Es un placer acompañarte. Sube.

Y le abrió la puerta. ¡Cuánto no hubiese dado hacer la misma acción que Lane con Diana Weimer! Sin embargo, no lo intentó, hubiese sido un abuso de confianza. La muchacha no habría protestado porque le estaba agradecida.

—Te estoy muy agradecida, Cliff —dijo la muchacha, al descender del coche y tendiéndole la mano.

—¿No me quieres?

—No, no insistas.

—Si tu tío ha cometido una acción censurable, tú no eres responsable de ello. Esa idea te la debes meter en esa cabecita.

—No me es posible, debes comprenderlo.

—No lo comprendo. No intentes esconderte de mí, te encontraría aunque te ocultases en el centro de la tierra. Soy muy tenaz, no debes olvidarlo.

La muchacha no pudo reprimir una sonrisa. Cliff notó cómo su corazón daba un salto en su pecho.

Bárbara ya habíase vuelto y entraba en la casa. La siguió con la mirada hasta verla desaparecer.

—Haré cuanto me sea posible para evitar que vuelvas a derramar una lágrima.

Y se alejó.

⋆ ⋆ ⋆

Percy Merriman entró en el «dancing». Preguntó a un camarero por Gerald Lane, y fue conducido inmediatamente al despacho de este.

Lane le recibió sonriente, indicándole una silla. Merriman la aceptó y adoptó una actitud altiva.

—Lane, anoche se portó de forma indigna con mi sobrina. No se lo permito, ¿me ha entendido?

—Perfectamente, Merriman. Debe calmarse y no alterarse. Entre su sobrina y yo no hubo nada lamentable, exceptuando la intervención de ese entrometido Cliff Cranis. Deseo casarme con su sobrina, en ello no existe nada pecaminoso.

—Jamás accederé a esa boda.

—No se muestre intransigente. Usted es de la misma ralea que yo.

—No es cierto. Y aunque lo fuese, mi sobrina es muy distinta y no debe mezclarse en este asunto. Desde el primer instante debí negarme, estoy arrepentido de no haberlo hecho.

—Ya es tarde para arrepentirse, Merriman —respondió Lane cínicamente—. Se halla mezclado en el robo y debe continuar con todas las consecuencias. Su ayuda nos es muy valiosa y no la queremos perder.

—Ya no seguiré con ustedes.

—¿Por qué no?

—Me aseguraron que no recurrirían a la violencia.

—Se trató de algo imprevisto. La muerte de un criado carece de importancia. No nos fue posible evitarlo y me reconoció. Fue lamentable, eso es todo.

—Conmigo no deben contar. Estoy dispuesto a todo.

—Medite bien sus palabras, después puede arrepentirse.

—Lo he meditado muy bien, Lane. Jamás debí unirme a ustedes. Tan solo hubiese debido lamentar un pequeño escándalo, que en realidad no habría tenido excesiva importancia, pero me invadió el temor y accedí. Ahora no ocurrirá así.

—No se muestre muy seguro de sí mismo, Merriman. Podría darle un resultado contraproducente.



—¿Sorprendido, Cliff?

—No me importa. Me marcharé con mi sobrina y ustedes no tratarán de evitarlo. Estoy dispuesto a todo, incluso acudir a la policía.

Lane hizo un desagradable chasquido con la lengua.

—No me gusta su forma de hablar.

—No me importa. Ya tenía la seguridad de ello cuando vine aquí.

—¿Ese consejo lo ha recibido de Cliff Cranis? —preguntó Lane con amenazadora suavidad.

—No he hablado con Cranis.

—No trate de negarlo —las pupilas de Lane estaban clavadas con fijeza en el rostro de su interlocutor—. Estoy enterado de ello.

—No es cierto. Estoy indignado con la muerte de Gooding y el comportamiento de usted con mi sobrina. Así lo manifestaré a...

—¡No pronuncie nombres, imbécil! —estalló Lane furioso, mientras se levantaba—. Usted se limitará a cumplir nuestras órdenes como hasta ahora. Eso le ha proporcionado buenos ingresos.

—No quiero ese dinero, me mancha las manos. Lane soltó una carcajada.

—No quiero escenas de melodrama, Merriman.

El dinero no mancha, siempre es limpio. No le será posible separarse de nosotros.

—Se equivoca, Lane. Poseo algo muy importante, ustedes no lo tendrán si no aceptan mis condiciones.

—¿Se refiere al cuadro? Me opuse a confiárselo a usted, pero no importa, me lo entregará esta noche.

—No. Tan solo les diré dónde se encuentra cuando mi sobrina y yo estemos muy lejos de Los Ángeles.

—Está cometiendo un terrible error, mi querido amigo. Ya es tarde para volverse atrás, deberá aceptar las consecuencias.

—No pueden obligarme por la fuerza.

—¿Quién puede impedírmelo? —inquirió Lane, sonriendo con sarcasmo.

Se encontraba frente a Merriman, tras haber oprimido un timbre. La puerta se abrió y entraron dos hombres. La frente de Percy Merriman se cubrió de un sudor frío, porque comprendió que se encontraba en un grave peligro.

—No puede emplear la fuerza contra mí, Lane.

La sonrisa continuaba en los labios del facineroso, dando la sensación de haber quedado impresa en ellos. En cambio el brillo de sus ojos era siniestro, amenazador. Merriman se dio perfecta cuenta de ello.

Se levantó y dio un paso hacia la puerta, como si estuviese dispuesto a marcharse.

Lane permaneció inmóvil, limitándose a soltar una carcajada.

—No intente salir, Merriman. Lo lamentaría.

Merriman le dirigió una mirada de desprecio, y dio otro paso hacia la puerta. Quizá los dos pistoleros le detuviesen, pero deseaba intentarlo.

Pero Gerald Lane no le dio oportunidad de hacer la prueba, de improviso se movió y le asestó un puñetazo en el estómago. La alta y corpulenta figura de Percy se derrumbó al suelo, tras exhalar un gemido.

El miserable le contempló sonriendo, mientras le daba un puntapié en las costillas.

—Voy a enseñarle a obedecer. Se ha equivocado al juzgarme, soy peor de lo que se creía. No tendré reparo en matarle, se lo aseguro.

Merriman se levantó y miró a Lane. Sus puños estaban crispados y una mueca de rabia desfiguraba sus facciones.

—¡Miserable!

E intentó arrojarse sobre Lane, pero este acababa de hacer una significativa señal y los dos pistoleros se abalanzaron sobre Merriman, sujetándole los brazos con fuerza. El desdichado intentó forcejear, pero la presión de los dos hombres era demasiado fuerte para librarse de ella.

—¿No se da por vencido, Merriman?

—No, no le entregaré el cuadro.

Lane sintióse invadido por la ira. No se pudo contener y golpeó a Merriman. Lo hizo en el cuerpo, no deseando dejar señales de su castigo en el rostro de Merriman.

De no haber estado sujeto por los dos pistoleros, el desdichado hubiera vuelto a caer al suelo. Su cabeza quedó inerte. Lane se calmó y lo miró sonriente.

—Pobre imbécil, creía poder escapar.

Con un brusco ademán, le levantó la cabeza.

—¿Cómo se encuentra, Merriman?

—Mal, muy mal.

Los tres hombres lanzaron una carcajada. Lane con una señal indicó que lo dejasen caer en la silla. Fue obedecido, se dirigió a un mueble y llenó un vaso de *whisky*. Lo alargó a Merriman.

—Beba, le sentará bien.

Merriman cogió el vaso con mano temblorosa y bebió. El alcohol le sentó bien, se echó sobre el respaldo de la silla y contempló a su enemigo.

—¿Cuándo me entregará el cuadro?

—Ya se lo he dicho, no se lo entregaré.

—Se encuentra en mí poder, no saldrá de aquí sin mi consentimiento. Es usted débil para el castigo y no tardará en decirme dónde tiene el cuadro. Es lamentable, muy lamentable.

—Resistiré sus golpes, quizá caiga al suelo y pierda el conocimiento, pero mis labios no le revelarán mi secreto. De ello puede tener la seguridad. Y será peligroso para ustedes retenerme aquí; mi sobrina se

alarmará y acudirá a la policía. Su local será registrado.

—Pero usted no será hallado. Poseo muchos recursos para burlar un registro policíaco. El sargento Quarles no representa un peligro para mí.

—No hablaré, se lo aseguro. No hablaré.

—Cambiará de opinión cuando vea a su sobrina.

Los ojos de Merriman se desorbitaron, trató de incorporarse, pero la fuerte mano de Lane lo evitó.

—¡No toque a mí sobrina! ¡Si lo hace, le mataré!

Le respondió la risa burlona de Gerald Lane.

—Estaba convencido de hacerle hablar enseguida. Dígame dónde se encuentra el cuadro y todo quedará arreglado. Aún tiene tiempo de hacerlo.

Merriman dejó caer la cabeza sobre el pecho, sus labios musitaron:

—No se lo diré, no se lo diré.

Lane retrocedió unos pasos y ordenó entre dientes:

—Llevadlo al cuarto del almacén.

CAPÍTULO IX

Bárbara ya estaba inquieta por la tardanza de su tío. Quizá en otras circunstancias no se hubiera intranquilizado, pues Percy Merriman contaba con muchos conocidos, y podía haber aceptado una inesperada invitación para cenar.

De haber sido así, su tío la habría llamado para notificárselo. En aquel momento estaba francamente asustada, sin decidirse sobre lo que hacer.

Telefoneó a tres sitios, obteniendo sendas negativas; en aquellos lugares no se encontraba su tío. Su temor fue aumentando, y decidió acudir a Cliff Cranis. El joven era la única persona capaz de ayudarla.

Trató de comunicarse con Cliff y no tardó en conseguirlo.

—¿Eres tú, Bárbara? —inquirió el joven tan pronto oyó su voz.

—Sí, soy yo.

—¿Te ocurre algo? ¿Qué deseas de mí?

—Cliff, mi tío no ha aparecido, ni me ha avisado.

—No te muevas de tu apartamento. Iré enseguida.

—Te espero, Cliff.

El joven corrió a su coche y no tardó en llegar al alojamiento de la muchacha. Bárbara al abrir la puerta se arrojó a sus brazos. Cliff la estrechó cariñosamente contra su pecho y la besó en la mejilla.

La muchacha sollozaba. Extrajo su pañuelo y le secó las lágrimas con ternura.

—Tranquilízate, Bárbara, mi querida niña.

—Tengo miedo. Debe haberle ocurrido algo terrible a mí tío.

—Por ahora está seguro, no le amenaza ningún peligro inmediato. Trataré de encontrarlo, pero tú no te muevas de aquí. No abras a nadie. ¿Me has entendido?

—Sí, Cliff —replicó sumisa.

—Quiero examinar tu estudio.

La muchacha le miró sorprendida.

—¿Qué crees encontrar en él?

—No lo sé, se trata de un presentimiento. Siempre acostumbro a hacer caso de mis presentimientos.

—Sígueme.

Encendió la luz y señaló la estancia.

—Puedes mirar cuanto desees.

El joven pasó la mirada a su alrededor. Después se dirigió a los cuadros apilados. Miró a la muchacha.

—Yo nada podré descubrir, Bárbara. Haz el favor de examinarlos tú, dime si son los mismos.

—Naturalmente. ¿Por qué no habrían de serlo?

Cliff no respondió, en sus labios apareció una imperceptible sonrisa. Contemplaba cómo la muchacha examinaba los cuadros. De pronto la vio detenerse y dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—Este cuadro no estaba, Cliff.

—Al parecer carece de valor, ¿verdad?

—Sí, es una copia de escaso mérito.

Él le arrebató el cuadro con un brusco movimiento. Sus dedos recorrieron hábilmente el lienzo. No tardó en separar aquella copia, dejando al descubierto una maravillosa pintura. Bárbara lanzó un grito.

—¡Es el Van Dyck!

—Lo suponía. Tengo cierta experiencia sobre estos casos, sé cómo se puede ocultar un cuadro.

—¡El Van Dyck robado se encuentra en mi casa! ¡Mi tío está complicado con esos asesinos! ¡Es terrible, Cliff, es terrible!

—Todo se arreglará, querida. Te lo prometo.

Y la estrechó entre sus brazos, tratando de consolarla. La muchacha reaccionó valientemente.

—Te acompaño, Cliff. Devolveremos el cuadro a la policía.

—No, debe continuar como hasta ahora.

Y hábilmente dejó el cuadro oculto por la copia, mezclándolo con los demás. Enlazó el talle de la muchacha y la hizo salir del estudio. La obligó a sentarse en una butaca, acariciándole con ternura el rostro.

—Ha sido un golpe terrible para ti, Bárbara.

—No mucho, hace ya tiempo presentía algo parecido. No me ha cogido de sorpresa.

—Valor, chiquilla. No tardaré en regresar con tu tío. Esta pesadilla habrá terminado.

La besó y se marchó apresuradamente. Se trataba de la única forma de conseguirlo, pues hubiese deseado quedarse al lado de su amada.

Actuó con rapidez, y no tardó en detenerse frente a la comisaría. El sargento Quarles le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué desea, Cranis?

—¿Está el capitán ahí dentro? —preguntó a su vez el joven.

—Naturalmente.

—Acompáñeme, vamos a conversar sobre un tema muy interesante.

El sargento fue a responder y no lo hizo; la actitud del joven era demasiado elocuente. Se limitó a golpear sobre la puerta y abrirla.

—Capitán, Cliff Cranis desea hablar con usted.

—Adelante, quizá nos traiga noticias interesantes.

—No lo dude, capitán. He encontrado el cuadro robado.

—¿Dónde está? —preguntó el capitán Hart, poniéndose en pie de un brinco.

Quarles miraba al joven con la boca abierta. Su aspecto era la estampa perfecta del asombro. Cliff, satisfecho de la impresión causada se sentó tranquilamente, ofreciendo un cigarrillo al capitán, que este lo rechazó con un ademán. Después invitó al sargento.

—¡Déjese de tonterías! No ha contestado a la pregunta del capitán.

—Lo sé. El cuadro de momento carece de interés. Es preciso detener cuanto antes a Gerald Lane y su cuadrilla. Ellos son los autores del robo, tienen en su poder a Percy Merriman y temo por su vida. Esos asesinos son capaces de matarle.

—No puedo creerle, Cranis. Lane es capaz de cometer toda clase de fechorías, pero no le creo lo suficientemente hábil para realizar estos robos.

—Detrás de él puede ocultarse una mente privilegiada. Se ha limitado a seguir instrucciones.

—Es posible, muchacho. Iremos inmediatamente a detener a esos forajidos. Sargento, haga los preparativos con la máxima rapidez.

—No es necesario precipitarse, sargento —dijo Cliff con calma—. Capitán Hart, se debe proceder con astucia y sorprender a Lane. Tiene en su poder a Merriman y nos conviene recobrarlo vivo. Ese miserable se desembarazará de él en cuanto sospeche la presencia de ustedes. Sería lamentable.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó Hart.

—Debemos sorprender a esos miserables cuando cierren el «dancing». Ustedes deberán concederme quince minutos de tiempo para librar a Merriman de sus secuestradores. Tan solo cuando haya transcurrido ese espacio de tiempo o llegue hasta ustedes el estampido de disparos, deberán irrumpir en el local de Gerald Lane.

—¡Eso es absurdo! —replicó Quarles con el ceño fruncido—. Nosotros acostumbramos a actuar con rapidez. Ninguno de esos bandidos podrá escapar y recuperaremos a Percy Merriman.

—Accederemos a la petición de Cranis, sargento —decidió el capitán—. No es mala idea la suya. Lane es violento, capaz de cometer un desaguisado al verse descubierto.

—Como usted ordene —se resignó Quarles, encogiéndose de hombros.

El joven se levantó, se acercó a él y le puso una mano en el hombro. Sonreía afable.

—Lo he meditado bien y esta es la mejor forma de actuar.

—Bien, pero debe tener cuidado. No me gustaría encontrar su cadáver.

—Lo procuraré, tampoco a mí me gustaría.

Quarles salió a disponer las medidas necesarias para aprehender a los malhechores. El capitán miró al joven y le preguntó:

—¿Percy Merriman está mezclado con esos bandidos?

—Sí, aunque fue obligado por medio de amenazas.

—Mal asunto para él, no constituirá disculpa para su proceder durante el juicio.

—Pero su conducta actual servirá de atenuante. Ha sido secuestrado por negarse a seguir actuando. Cuando asesinaron a Paul Gooding ya no quiso continuar colaborando con esas fechorías. Por él hemos logrado descubrir a los culpables.

—Eso deberá decidirlo el jurado, muchacho. Nuestro deber se acaba al poner a los delincuentes entre rejas.

—Lo comprendo. Pero tengo le seguridad de que Percy Merriman es una excelente persona, y sería lamentable que fuese tratado como Lane y sus secuaces.

—¿Quién es el jefe de estos ladrones?

—Solo tengo algunas sospechas, no confirmadas.

—Debe decírmelas. Puede ocurrirle algo y resultaría lamentable que fueran ciertas y continuaran siendo ignoradas por nosotros.

—Eso no ocurrirá. Cuanto he descubierto lo sabe el señor Armfield. Mi jefe le informará, por eso no debe preocuparse. Lamentaría indicarle un culpable y estar equivocado.

El capitán Hart asintió con un gesto, mientras miraba con admiración al joven.

—Su trabajo ha sido admirable.

—La suerte me ha ayudado —respondió Cliff sonriendo.

—No puedo dudar que la suerte es un factor importante en cualquier empresa, pero en nuestra profesión se necesita algo más. Usted es un investigador de primer orden, podría ingresar en nuestro cuerpo.

—No es necesario. Mi misión es parecida a la de ustedes y profeso un gran cariño a mí profesión.

—Como ese endemoniado Armfield.

—Exacto, capitán.

El tiempo transcurrió con excesiva lentitud para Cliff, que lo aprovechó procediendo a la tarea de tender una espesa red, con el fin de evitar la escapatoria de cualquier pistolero a las órdenes de Gerald Lane. El capitán Hart y el sargento Quarles no le pusieron ninguna dificultad, al contrario, procuraron ayudarle con todos sus medios. El sargento parecía estar pendiente de sus palabras, pese a sus intentos de aparentar lo contrario.

Tan pronto empezaron a salir los clientes del «dancing», Cliff, se dispuso a actuar. Ya llevaba rato agazapado en un rincón, observando con atención la estrecha puerta del almacén.

No distinguió el menor nerviosismo entre los pistoleros. Lane parecía

estar convencido de que gozaba de una completa impunidad. Con sigilosos pasos Cliff se aproximó a la puerta. Se detuvo a medio metro y la empujó con suavidad.

En sus labios apareció una sonrisa triunfal al comprobar cómo cedía. Ahora su máximo interés estribaba en rescatar con vida a Percy Merriman, cumpliendo la promesa hecha a Bárbara. No solo lo deseaba por ser el tío de su amada y evitar a esta un duro golpe con su muerte, sino porque le apreciaba.

Se trataba de una buena persona, a la que la fatalidad colocó bajo el poder de aquellos forajidos, viéndose obligado a obedecer sus instrucciones.

Sin vacilar entró en el almacén. Lo hizo a tiempo, ocultándose apresuradamente tras unas cajas de botellas. Un hombre acababa de aparecer a escasa distancia, dirigiéndose hacia la puerta. Refunfuñó en voz baja al encontrarla abierta y la cerró.

Cliff respiró aliviado. Unos segundos más y no le hubiese sido posible entrar con tanta facilidad. Permaneció inmóvil, esperando a que se alejase el pistolero. Una vez este lo hubo hecho, regresó a la puerta y la abrió. El sargento Quarles no debía encontrar dificultades para penetrar en el almacén, su vida podía depender de ello.

El pistolero podría regresar y ver la puerta abierta, pero no resultaba probable, pues ya quedó convencido de haberla cerrado. Además no era mucho el tiempo señalado como plazo; quince minutos transcurrirían con rapidez.

Se deslizó por un callejón de cajones, procurando no producir el menor ruido. Si tenía la suerte de encontrar a Merriman solo, todo se desarrollaría a la perfección. Lo sacaría al exterior y el sargento se encargaría de los demás.

Se detuvo al escuchar pasos apresurados. La voz inconfundible de Lane llegó hasta él.

—¡Traedme a Merriman!

Se estremeció. El asunto se complicaba. Gerald Lane permanecería más de quince minutos conversando con su presa y los policías irrumpirían en el almacén, precipitando los acontecimientos.

Miró su reloj. Llevaba la misma hora que el sargento. Habían transcurrido dos minutos desde su entrada en el almacén. Aún le quedaban trece minutos de tiempo; no tenía necesidad de precipitarse. Sobre todo debía conservar la calma, factor muy importante para salir airoso de aquella prueba.

Avanzó hasta ver cómo Lane entraba en el destartalado despacho donde se desarrolló la lucha la noche anterior. Dos pistoleros, uno de ellos Jimmy, se encaminaron hacia el otro extremo del almacén, no tardando en regresar conduciendo a Percy Merriman.

El joven lo contempló con compasión. Merriman daba la sensación de haber envejecido diez años. Su traje siempre en correcto orden, aparecía arrugado y sucio. Arrastraba los pies al andar. Jimmy masculló:

—Muévete aprisa, maldito viejo.

No obtuvo contestación, el insulto no pareció hacer mella en Merriman. Cuando abrieron la puerta, le empujaron con rudeza. La puerta se cerró y Cliff no vaciló en aproximarse a ella.

—Vamos a volver a hablar, Merriman. No quiero perder tiempo. ¿Dónde ha escondido el cuadro?

—No lo diré.

—Como quiera. Iremos en busca de su sobrina. Es muy linda y nos servirá de entretenimiento. Usted lo habrá querido.

—¡No toque a mí sobrina, miserable!

Lane hizo una señal a sus hombres y estos se apresuraron a sujetar a Merriman. Con siniestra tranquilidad, Lane empezó a golpear a su víctima, aunque sin excesiva dureza. Lo hacía en los puntos vulnerables de su cuerpo, estómago, hígado y costados.

Merriman gemía, sin poder dominar el dolor. Al estar sujeto ni siquiera contaba con el consuelo de cubrirse. Lane le observó sonriente.

—¿Qué le parece? ¿Le será posible continuar soportando este castigo?

—Sí. Debe aceptar mis condiciones. Le diré dónde está el cuadro cuando mi sobrina y yo estemos lejos de Los Ángeles.

—No, no me dejaré engañar. Nunca me he fiado de nadie. Se llevaría el cuadro consigo. Me disgustaría haber sido engañado por un viejo truhan.

—No les engañaré, le doy mi palabra.

—¿Su palabra? De ninguna manera. Usted lo ha querido, traeré a su sobrina aquí.

Y Cliff oyó cómo le volvía a pegar. Respetaba el rostro de Merriman para no dejar huellas de sus puñetazos. Si aparecía el cadáver del desdichado, daría la impresión de que había sido víctima de un accidente. El joven ya no podía contener su indignación, dispuesto ya para entrar en acción.

Y entonces oyó la voz desesperada de Merriman.

—¡No toque a mí sobrina, canalla!

—¿Dónde está el cuadro?

—Lo diré. En el estudio de Bárbara...

Lane lanzó una exclamación de júbilo. Acababa de conseguir su propósito. Él no daba ninguna importancia a su valor artístico, sino a los miles de dólares en que estaba valorado.

La expresión de alegría se desvaneció de su rostro al abrirse bruscamente la puerta y aparecer Cliff Cranis en actitud amenazadora, pistola en mano.

—¡Todos quietos! —ordenó con firmeza—. Si alguien hace un

movimiento dispararé.

Cerró la puerta tras sí, situándose a un lado. De esta forma evitaría ser sorprendido por la espalda.

—Salga de aquí, Merriman. Nadie se atreverá a detenerle.

—No puedo andar —respondió el desdichado.

Y con un esfuerzo se dejó caer en la silla. La indignación se reflejó en las pupilas de Cliff.

—Su conducta es incalificable, Lane. Todo esto lo pagará caro.

—¡Bah, no tiene ninguna prueba contra mí! —exclamó el forajido con desfachatez.

—¿Usted cree? He oído la revelación de Merriman. Ese cuadro será su perdición.

—No saldrá vivo de aquí —rugió Lane, exasperado.

No se explicaba cómo el joven logró llegar hasta allí. Desde luego, se encontraba en una situación peligrosa, y la única solución era acabar con aquel entrometido agente.

Hizo una señal a Jimmy y este asintió imperceptiblemente. Dio un paso hacia Cliff. El joven se dio cuenta de su intención.

—No se mueva a dispararé, Jimmy.

El pistolero en lugar de obedecerle hizo todo lo contrario, lanzándose sobre él. Cliff no vaciló y apretó el gatillo. Jimmy, alcanzado en un hombro se detuvo, mientras lanzaba un grito de dolor. No le fue posible permanecer en pie y rodó por el suelo.

Esta oportunidad fue aprovechada por Lane, que empuñó su pistola y encañonó al joven. Su intención era matarle, sin importarle las consecuencias. Después ya procuraría hallar una explicación plausible de su muerte.

Pero Percy Merriman reaccionó de forma sorprendente. Reuniendo todas sus energías se levantó, echándose sobre el miserable. Lo hizo en el momento de disparar este y desvió la trayectoria del balazo. Exasperado volvió a disparar, hiriendo a Merriman en el pecho.

Cliff no tuvo tiempo de intervenir, pues el otro pistolero se arrojó sobre él. Ambos lucharon con fiereza, mientras se oían pasos precipitados en el almacén.

El rostro de Lane se cubrió de una intensa palidez, al comprender que se trataba de la policía. Ni siquiera se entretuvo en ayudar a su secuaz de librarse de Cliff, y salió precipitadamente de la estancia.

El joven forcejeó desesperadamente con su enemigo, tratando de librarse de él y salir en persecución de Lane. Pero el pistolero le propinó un cabezazo en pleno rostro. Por un momento temió perder el dominio de sí mismo y quedar a merced de su adversario. Con un prodigioso esfuerzo reaccionó y alzando la rodilla golpeó en el estómago del pistolero.

La mano de este aflojó la presión en su muñeca y con un violento

movimiento se libró. Antes de que el pistolero pudiese evitarlo le golpeó en la sien con la culata de su pistola. Su enemigo se desplomó inerte.

En la puerta apareció el sargento Quarles.

—¿Y Gerald Lane? —preguntó con ansiedad.

—Ha huido, no hemos logrado detenerle.

—¡Maldición! —exclamó el joven, desalentado.

CAPÍTULO X

Cliff corrió hacia el cuerpo de Merriman. El desdichado yacía de bruces, en medio de su propia sangre. El joven le dio la vuelta cuidadosamente y examinó la herida. Levantó la cabeza y su mirada tropezó con la del sargento. Este sonreía.

—Merriman no morirá de este balazo, muchacho.

Se volvió y dio una orden a un agente para avisar a una ambulancia. Cliff le curó lo mejor posible, tratando de cortar la hemorragia. La pérdida de sangre podía ser fatal para Merriman.

Jimmy estaba siendo atendido por un agente, mientras otro se hacía cargo del pistolero.

Tan pronto como Cliff vio a Merriman en una camilla se apresuró a despedirse del sargento. Este le cogió de un brazo.

—¿A dónde va, Cliff?

—A detener a Lane —respondió el joven con la mandíbula crispada—. No quiero darle más oportunidades para ocasionar nuevas víctimas.

Y temía por la vida de su amada. Gerald Lane conocía el lugar donde se encontraba el cuadro robado. Probablemente querría apoderarse de él cuanto antes.

Lamentó no haber llevado su coche. Detuvo el primer taxi que pasó y dio la dirección del domicilio de Bárbara. Había perdido la noción del tiempo hasta que se cercioró que Merriman sería bien atendido. De ninguna manera podía dejarle en aquel lamentable estado.

Notaba el contacto de su pistola en su sobaco y esto le daba cierta seguridad. Lamentaba no haber dado al sargento Quarles la dirección de Bárbara. La ayuda de la policía no sobraría; Lane estaría dispuesto a todo con tal de conseguir sus fines.

Pero su mente era un caos de encontrados pensamientos. Solo tenía una idea fija: Detener a Lane y evitar que Bárbara fuese agredida.

El taxi se detuvo. Cliff pagó apresuradamente la carrera y saltó a la acera. Se dirigió a la puerta del edificio. Aunque esta estuviese cerrada no sería un obstáculo para él, con una ganzúa le sería relativamente fácil abrirla.

De pronto un hombre apareció, encañonando al joven con una pistola. Su voz sonó amenazadora.

—Le estaba esperando, Cranis. Ha sido usted puntual.

Cliff se reprochó amargamente su impulsividad, que le condujo a encontrarse indefenso ante aquel pistolero.

—Ni un solo movimiento o disparo. Bastante trabajo nos ha dado.

Apretó los dientes, mientras la mano del pistolero le arrebataba su pistola. Este oprimía contra sus costillas el cañón del arma.

—Entre, la puerta está abierta. Procure no hacer ruido.

El joven obedeció, pero tan pronto hubo cruzado el umbral se volvió bruscamente. El cañón de la pistola ya no se apoyaba en su cuerpo, el forajido se disponía a propinarle un culatazo en la cabeza. Con un rápido movimiento le sujetó la muñeca y forcejearon con brutalidad, tratando de aniquilarse.

El joven procedió con relampagueante rapidez. Soltó la muñeca armada y asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula de su enemigo. El pistolero abrió la boca, como si tratase de aspirar el aire que faltaba a sus pulmones.

Se hubiera desplomado de no haberle sostenido entre sus brazos. Había perdido el conocimiento y Cliff apenas pudo reprimir un grito de júbilo.

Dejó caer con suavidad a su enemigo en el suelo. Gerald Lane probablemente debía encontrarse en el apartamento de Bárbara, y era preciso sorprenderle. La seguridad de su amada dependía de él. Se encontraba en poder de un asesino. Recobró su pistola y lanzó la del pistolero a un rincón. Se disponía a empezar a subir los peldaños, cuando percibió un débil suspiro. Su adversario se disponía a abrir los ojos. Se alegró, pues esto le advirtió del lamentable error que estuvo a punto de cometer. Sin compasión dejó caer el brazo y la culata de su pistola tropezó violentamente con la cabeza del forajido.

Este quedó inerte, sin haber podido lanzar un grito. Ahora ya no debía preocuparse de él; quedaba fuera de combate para largo rato.

Y empezó a subir los peldaños, con cautela para no producir ruido. Su corazón palpitaba con fuerza, temiendo por su amada. Sus labios estaban apretados, mientras se prometía matar a Lane con sus propias manos si había causado el menor daño a Bárbara.

Sentíase cansado al llegar al descansillo donde se encontraba el apartamento de la muchacha. Las luchas sostenidas, el continuo ajetreo de los últimos días, la terrible tensión nerviosa, todo esto amenazaba con terminar con sus energías. Cliff respiró profundamente; de ninguna forma debía darse por vencido, ahora necesitaba de toda su fortaleza para enfrentarse con su enemigo.

Caería sobre Lane y no cesaría de golpearle hasta verle ensangrentado en el suelo, Tan solo entonces acabaría con su furor. Jamás habíase sentido dominado por un odio tan intenso.

De nuevo volvía a sentirse fuerte, presto a sostener otra terrible pelea. La puerta del piso de Bárbara parecía cerrada; no podría sorprender a Lane.

La empujó con suavidad y la puerta cedió. Le parecía imposible tener tanta suerte, todo indicaba ayudarle, como si el Destino tuviese un gran empeño en aliarse con la justicia.

El pequeño recibidor estaba vacío y a oscuras. No oyó ningún ruido y esto le extrañó. Se hubiera sentido muy aliviado de oír la voz de Bárbara o por lo menos la de Lane. Pero no, reinaba un silencio absoluto, como si el apartamento estuviese vacío… Pero él tenía la seguridad de lo contrario.

Entonces fue cuando sonó una voz.

Y era la de Gerald Lane.

—¿Dónde está el cuadro?

—Ahí dentro, ya se lo he dicho.

—No está.

—Desáteme y se lo daré, no quiero tenerle más tiempo en mi presencia.

El joven comprendió la verdad. El miserable había atado a su amada, y la redujo a la impotencia.

—No, así la tengo más segura. ¿Dónde está el cuadro?

—Está oculto, se lo diré si me promete devolverme a mí tío.

—Naturalmente, preciosidad.

Cliff apareció en la salita. Empuñaba su pistola.

—No es necesario, Bárbara. Tu tío se encuentra en seguridad, y este asesino pagará sus crímenes.

Lane dejó escapar una exclamación de furia. Su enjuto rostro se cubrió de sudor.

—¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Desembarazándome de su compinche. Adoptó escasas precauciones, un solo hombre no, bastaba para detenerme.

—Sí, he cometido un error —masculló Lane entre dientes.

Bárbara gritó:

—Cuidado, Cliff.

El aviso ya era tarde, un hombre acababa de caer sobre el joven. Cliff ladeó la cabeza y el golpe asestado con la pistola le alcanzó en un hombro. Se revolvió con furia y uno de sus brazos impulsó al hombre contra la pared.

Su mirada quedó fija en la diestra de Lane, de la que pareció surgir una lengua de acero. El miserable se abalanzó. Cliff saltó a un lado ágilmente, evitando ser acuchillado y con el canto de la mano propinó un fuerte golpe en la nuca de Lane. Este cayó de bruces.

Su atención quedó fija en el otro enemigo. Era un hombre alto y delgado, su cara aparecía oculta por una bufanda. Este disparó, pero Cliff ya habíase lanzado al suelo y sus manos asieron uno de los zapatos del desconocido. Su pistola había caído al suelo cuando recibió el culatazo en el hombro.

Tiró con fuerza y el embozado cayó al suelo. Se incorporó para lanzarse

sobre él, pero recibió un fuerte puntapié en el rostro, que le dejó aturdido.

—No lograrás escapar.

Pero el embozado se levantó con rapidez y salió de la salita. Cliff no pudo seguirle, pues sus movimientos seguían siendo torpes. Cuando lo consiguió, vio a Lane. Este también habíase erguido y le miraba sonriendo siniestramente.

—Voy a matarte, inspector.

—¿De veras, Lane?

—Sí, eres el único obstáculo, después podré escapar. Ese es un cobarde, siempre procura ocultarse en la sombra.

—De nada le va a servir, conozco su personalidad.

Bárbara presenciaba horrorizada la terrible escena, impotente para intervenir y ayudar a su amado. No podía moverse; estaba atada sólidamente a una butaca.

—Cuidado, Cliff —musitó con temblor.

El joven no respondió, toda su atención estaba concentrada en Lane. Este, ligeramente agazapado, con la navaja adelantada se aproximaba, dispuesto a clavarla en su cuerpo. Cliff bajó la cabeza, como si se dispusiera a embestir desesperadamente a su enemigo. Lane hizo un movimiento para rehuir el choque, aunque sin apartar la punta de la navaja.

Cliff se echó hacia la izquierda, quedando fuera del círculo del arma. Entonces dio un salto prodigioso y la punta de su zapato pegó en la muñeca de Lane. Este dejó escapar un gemido y no pudo evitar que de sus dedos se deslizara la navaja.

Un certero derechazo arrojó al forajido contra la pared. Cliff ya no le dio cuartel, siguiéndole con la ferocidad de un tigre. Lane intentó hacerle frente, pero no pudo. Su cabeza se bamboleó grotescamente, al recibir los potentes puñetazos de Cliff.

La sangre manaba de su nariz y boca, también de una ceja partida, pero esto no hizo cesar al joven en su terrible castigo. En realidad Lane se hallaba inconsciente, y solo se mantenía por los continuos golpes de su enemigo.

Cliff propinó un derechazo corto, alcanzando la mandíbula de Lane y este se desplomó como un saco.

El joven le miró, mientras respiraba profundamente. Volvióse hacia Bárbara.

—Todo ha pasado, mi querida niña.

—Gracias a Dios, Cliff.

Le cogió la cara y la cubrió de ardorosos besos. Ella protestó débilmente:

—Suéltame, Cliff.

—Es cierto, cariño. Me había olvidado de todo.

Cogió la navaja y cortó las ligaduras. Ella se frotó los brazos.

—¿Estás lastimada?

—No. Me obligaron a abrir con amenazas de matar a mí tío, entonces Lane cayó sobre mí y me ató. Buscaban el cuadro, después Gerald Lane quería llevarme consigo.

—¡Miserable! —mascullo Cliff con ira.

—No te preocupes, todo ha terminado. ¿Y mi tío?

—Está herido. Lane le alcanzó con un balazo, pero no es grave. Me salvó de ser alcanzado.

—¡Pobre tío Percy!

Cliff corrió hacia el teléfono y efectuó una llamada. Después acudió junto a su amada. Estaba nervioso. Cuando la alta y corpulenta figura del sargento Quarles apareció en la salita, lanzó una exclamación de alivio.

—Abajo hemos encontrado a un sujeto tendido en el suelo.

—Sí, pertenece a la cuadrilla de Lane. Ahí tiene a ese bandido. Sígame con dos hombres.

—¿Dónde vamos?

—A detener al verdadero causante de estos robos. El asesino de Gooding fue Lane. Quizá esa navaja sustituyó a la que dejó clavada en el cuerpo del desdichado criado. Se vio obligado a hacerlo, pues fue reconocido por este.

Bárbara le abrazó con fuerza, sus labios se unieron durante breves segundos. Quarles volvió discretamente la cabeza, mientras tosía de forma significativa.

—¿Dónde está mi tío, sargento? —preguntó la muchacha angustiada.

—En el hospital. Un agente la llevará a su lado. Sé encuentra bien.

El coche corrió a toda velocidad, no tardando en detenerse ante la soberbia mansión de Robert Wade. Los cuatro hombres saltaron del coche con rapidez. El sargento Quarles musitó:

—No comprendo nada, Cliff.

—Le voy a conducir a presencia del jefe de esta cuadrilla de ladrones.

—¿Acaso se trata de Robert Wade?

—Tengo la seguridad de ello... aunque podría equivocarme.

—¡Por Dios, nunca hubiera sospechado de ese hombre!

—Saltemos la verja, será más conveniente.

—Allanamiento de morada —murmuró el sargento.

—¡Al diablo con las formalidades! —gruñó el joven.

Y dio el ejemplo, saltando ágilmente la verja. Sus acompañantes le imitaron. A buen paso llegaron hasta la casa. Sin pérdida de tiempo, Cliff maniobró en una ventana, consiguiendo abrirla, pero al instante sonó un potente timbre de alarma. Viendo aparecer a un criado.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó asustado.

—¡La policía! —respondió Quarles con rudeza—. ¿Ya no se acuerda de

mí?

—Sí, señor. Pero deberían haber llamado, esa no es...

—¿Dónde se encuentra el señor Wade? —le interrumpió el sargento con sequedad.

—Salió, y aún no ha regresado.

—¿Eso es cierto?

—No tengo motivos para engañarle, señor.

—¡Hum! Si lo hace, le pesará.

Cliff dio media vuelta, su rostro reflejaba una viva alarma.

—Sígame, sargento. Antes de que sea tarde.

Quarles obedeció sin pronunciar palabra. De nuevo se encontraron en el coche y el joven empuñó el volante, arrancando a gran velocidad. No tardó en detenerse ante un soberbio edificio. Descendió, siempre seguido de sus acompañantes.

El sargento movió la cabeza con expresión de disgusto al verle manipular en la cerradura, pero no pronunció una sola palabra. La puerta quedó abierta a los escasos segundos; entonces comentó:

—Tiene mucha experiencia, Cliff.

—La necesidad me ha obligado a ello. El fin justifica los medios.

Cliff no se detuvo hasta llegar ante la puerta del piso de Leticia Cleare. Llamó, y quedó sorprendido al escuchar el taconeo de unos pasos. Murmuró contrariado:

—¿Dónde se habrá metido ese hombre?

La hermosa figura de Leticia Cleare apareció en el umbral.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó con frialdad.

—¿Se encuentra aquí su esposo? —inquirió a su vez el joven.

—Deberá referirse a Robert Wade.

—Exacto, señora.

Ella no tuvo tiempo de responder. Apareció la alta figura de Robert Wade. Vestía correctamente, con su acostumbrada elegancia, pero una expresión de amargura ensombrecía sus facciones.

—No se ha equivocado, Cranis. Estoy aquí.

—Lamento tener que detenerle, señor Wade.

—No debe lamentarlo; he jugado y perdido, debo pagar. Mi error consistió en asociarme con un individuo sin escrúpulos como Gerald Lane. Hasta ahora todo transcurría con completa normalidad, pero ese canalla cometió la torpeza de asesinar al pobre Paul. Ha sido usted muy hábil, no me explico cómo llegó a sospechar de nosotros.

—Percy Merriman se delató, no pudo contener su temor.

—Pobre hombre, no debí mezclarle en este descabellado proyecto, pero me era muy útil. Tenía una extensa relación y podía entrar en todas las casas sin despertar sospechas. Declararé en su favor, fue víctima de un Chantaje.

—Se robó a sí mismo para apartar toda sospecha de su persona y, sin embargo, ese exceso de virtuosismo le perdió. Su esposa descubrió sus manejos y se apartó de su lado. ¿No es cierto?

—Así es. Leticia trató de hacerme desistir, pero mi situación era apurada y necesitaba dinero. Me equivoqué, debí haberle hecho caso.

Y estrechó con afecto la mano de su esposa. Esta se le abrazó, su bello rostro estaba surcado por las lágrimas.

Wade realizó un esfuerzo y se irguió. La apartó con suavidad.

—Le felicito, Cranis. Estoy a su disposición, sargento.

* * *

Dos días después, Cliff rodeaba el talle de su amada, mientras Virgil Armfield conversaba con Percy Merriman. Este tenía el torso vendado y sonreía débilmente.

—No tema, Merriman; el mejor abogado de la Compañía le defenderá y saldrá absuelto. Casi puedo prometérselo.

—Puede creerle, Merriman —dijo Cliff sonriendo—, casi se lo ha prometido. Lo malo hubiese sido si llega a prometerlo; nunca cumple sus promesas.

—No debes difamarme, muchacho —amonestó Armfield con seriedad.

—¿No? Le conozco demasiado para equivocarme.

—Bien, ahora tengo un par de casos urgentes para ti.

—No, Armfield. Me prometió una semana entera.

—No lo he olvidado, pero dentro de un par de meses te casarás con Bárbara; entonces te concederé todo un mes.

—Demasiada maravilla para ser verdad. Quiero mi semana de descanso. No volverá a engañarme.

—Los casos son urgentes y vienen como anillo al dedo para ti.

—No acepto.

Armfield se volvió a la muchacha.

—Bárbara, mi querida niña, ¿no es justo lo que propongo al cabezota de tu novio? Os casaréis y tendréis todo un mes para vuestra luna de miel.

—Debes aceptar, Cliff.

—No te dejes engañar con sus triquiñuelas.

—Hablo con el corazón en la mano, Cliff. Casi te lo prometo.

El joven abrió la boca, volvió a cerrarla y apretó contra su cuerpo a su amada.

—Siendo así, acepto.

Virgil Armfield sonrió y le estrechó la mano.

FIN





COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.







EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain